

Los agustinos y la invasión inglesa de Filipinas (1762-1764)

Por

ROBERTO BLANCO ANDRÉS

Resumen

La Orden de San Agustín desempeñó un papel fundamental durante el sitio de Manila y después en la resistencia en las provincias. En este artículo se ofrece un estado de la cuestión de las principales fuentes agustinianas y de su aportación general al conocimiento de la invasión inglesa de Filipinas. El objetivo es contextualizar y aportar la información necesaria para entender el importante rol desempeñado por los agustinos durante la guerra como su apoyo al gobierno de Anda. Se ofrece un estudio detallado de la vida de la corporación agustiniana desde antes de la llegada del inglés y durante el conflicto.

Abstract

The Order of St. Augustine played a fundamental role during the siege of Manila and later in the resistance in the provinces. This article offers a state of the question of the main Augustinian sources and their general contribution to the knowledge of the English invasion of the Philippines. The objective is to contextualize and provide the necessary information to understand the important role played by the Augustinians during the war as their support for the Anda government. A detailed study of the life of the Augustinian corporation is offered from before the arrival of English and during the conflict.

«Sin género de adulación se puede y debe decir: que al Señor Anda y a los religiosos Agustinos se debe (después de Dios) la conservación de estas Yslas; [...] Porque, aunque es verdad que las demás Religiones también se esmeraron; mas la de mi padre San Agustín fue sobre todas i la primera: y por tanto toda la furia, y enojo del Ynglés, vimos que caio sobre los Religiosos Agustinos, desterrando a muchos, matando a otros, y hasta destruirnos las Haciendas y vendernos el Convento, después de no havernos dexado clavo en pared como dicen, porque solo los agustinos como hijos de tal Padre, fueron los que a cara descubierta, tomaron con todo empeño el defender y ayudar al señor Anda, posponiendo sus vidas e intereses propios»¹

A. M. de Castro

El ataque inglés sobre Filipinas en octubre de 1762 constituyó la amenaza más seria a la soberanía española en el archipiélago hasta 1898. Las agresiones anteriores, procedentes del exterior, como la del pirata chino Limahong (1574) o la guerra con los holandeses (1600-1648), jamás consiguieron tomar Manila. Los ingleses únicamente pusieron bajo control Manila y Cavite, además de algunos otros puntos dispersos en las proximidades en momentos diferentes. Nunca consiguieron dominar el archipiélago. Tampoco era su objetivo. Pero, con todo, su presencia en el territorio alteró profundamente la existencia de las Filipinas hispánicas, tanto durante su estancia como después de su marcha al finalizar la guerra.

La llegada del inglés también supuso un profundo impacto en el conjunto de las comunidades religiosas del archipiélago. La vida en las parroquias y en las misiones, especialmente en las provincias próximas a Manila, sufrió fuertes mutaciones y alteraciones impredecibles. Sin ninguna duda la Orden de San Agustín, si no fue la que más, estuvo entre las que más las padeció. Y esto por dos razones fundamentales, la primera porque era la corporación más grande en número y en administración. Y la segunda porque buena parte del escenario bélico en que se congregó la resistencia acaudillada por Simón de Anda y Salazar aconteció en provincias de su demarcación espiritual: Bulacán y Pampanga, lo que exigió una implicación de sus párrocos al cien por cien para la movilización de sus feligreses, sin la cual –junto con las desarrolladas por otras comunidades en sus res-

¹ Archivo de la Provincia de Agustinos de Filipinas (APAF), leg. 234, f. 96v.

pectivas áreas— habría sido muy difícil, por no decir imposible, movilizar miles de hombres para luchar contra los invasores.

En este artículo se trata de ofrecer un estado de la cuestión sobre las principales fuentes agustinianas para el conocimiento de la guerra. La idea es poner en valor su aportación, no solo para el relato de todo lo que atañe a la Orden de San Agustín, sino también para la comprensión global del episodio. En el objetivo de entender el rol de la provincia de agustinos de Filipinas se ofrecerán las claves fundamentales por las que se desenvolvía su vida en las islas hasta el estallido del conflicto, se analizará el papel concreto y factual que desempeñaron sus miembros desde el sitio de Manila hasta la llegada de las paces, y se trazarán las líneas directrices del gobierno de la corporación en ese tiempo, con sus consecuencias correspondientes.

Las principales fuentes permiten realizar un seguimiento detallado de la guerra, y sobre todo de la manera en que afectó a esta comunidad, presentando sucesos, acontecimientos, gestos cargados de épica, actos de valor, destrucción y sufrimiento. Algunos de los principales informes y testimonios que elaboraron los frailes agustinos tuvieron por objetivo contrarrestar el tremendo enfrentamiento que desde 1770 la Orden padeció con Simón de Anda y Salazar, el otrora héroe de la resistencia y aliado de los agustinos. En el afán de recordar el currículo de servicio de la Orden durante los aciagos tiempos de la presencia inglesa probablemente algunos frailes hayan tendido a hiperbolizar algunas de las acciones, aparato crítico que debe contemplarse en todo análisis documental, pero por otra parte los hechos contrastables y otros tantos documentos también se muestran inapelables.

I. PRINCIPALES FUENTES AGUSTINIANAS PARA EL ESTUDIO DE LA INVASIÓN INGLESA DE MANILA

Existen miles de documentos, seguramente muchos de ellos inéditos y en espera de estudio, sobre la cuestión relativa a la temática de la invasión inglesa de Filipinas. Y con seguridad muchos de ellos serán también por supuesto concernientes a la Orden de San Agustín. Nuestro objetivo es referir las principales fuentes agustinianas sobre la cuestión, con el propósito de subrayar —y contextualizar a continuación— la riqueza y valor de

su contenido para el conocimiento global del episodio de la invasión. Evidentemente podrían citarse otras tantas, pero con total seguridad las citadas a continuación son las que más pueden contribuir al conocimiento de esta guerra.

– *Toma de la plaza de Manila por los ingleses en 5 de octubre de 1762.*

Reproducido por el P. Bernardo Martínez Noval con carácter inédito. Es anónimo, probablemente de un autor agustino. Contiene omisiones e inexactitudes².

– *Exposición del Rector Provincial Fr. Remigio Hernández al gobernador general de Filipinas, D. Simón de Anda y Salazar, sobre daños que padecieron los agustinos en las islas Filipinas durante la invasión inglesa de Manila, 15 de julio de 1763*³.

Este documento hace hincapié en el conjunto de pérdidas materiales de la provincia de los agustinos de Filipinas, bien por los daños infligidos al convento de San Agustín y en otros próximos a la capital, o bien en la persona de los religiosos hechos prisioneros por los ingleses. La *Exposición* del P. Remigio mereció el reconocimiento formal y aprobación por parte de la Real Audiencia a través de un superior decreto. Dicho documento contenía la rúbrica de Anda y Salazar, media firma del abogado fiscal, junto con el signo del escribano real, firma y rúbrica de José Villegas Flores, secretario real de Cámara y de la Suprema Gobernación y Guerra.

– *Testimonio literal del pedimento por Fray Manuel Revollo, procurador del convento de San Pablo [San Agustín] de esta ciudad de Manila ante los señores compromisarios nombrados por el Superior Gobierno de estas Islas sobre que tomen información de testigos por la declaración hecha por los gefes británicos de traydores a ambas majestades, Cathólica y británica, y confiscándoles su bienes así oro, plata, bienes muebles y rayces, todos pertenecientes a su convento de San Pablo de Agustinos Calzados*⁴.

² MARTÍNEZ NOVAL, Bernardo, *Provincia agustiniana del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas. Apuntes históricos. España*, Imprenta de Gabriel López del Horno, Madrid 1913, 173-188.

³ Reproducido en *Archivo Histórico Hispano Agustiniiano* 21 (1924) 158-162. Un estudio del mismo en RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Isacio, *Historia de la Provincia Agustiniiana del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas. Bibliografía*, III, Manila 1967, 182-191; APAF leg. 346/5, 5 hs. Fol.

⁴ APAF, leg. 346/8, 19 hs. en Fol. sin numerar.

El referido testimonio fue realizado el 29 de marzo de 1764 en Binondo ante los comisionados Nicolás de Echauz Beaumont y Francisco Xavier Delgado. Declararon como testigos Julián Ortuño de León, depositario general de la ciudad de Manila con voto de privilegio en el ayuntamiento de la misma ciudad; Francisco Xavier de Pisson, corregidor y gobernador en lo político y militar de la alcaicería; Sebastián de Aramburu, vecino de Manila; el general José de Hortigosa, regidor decano de Manila; Eduardo Wogan y Diego Kennedy, ambos vecinos de la ciudad de Manila. Los testigos coincidieron en sus declaraciones en que los agustinos habían padecido terriblemente durante la guerra con motivo de su fidelidad al rey de España.

– VIVAR, Pedro del, *Relación de los alzamientos de la ciudad de Vigan, Cabecera de la provincia de Ilocos, en los años de 1762 y 1763*. Año de 1764.

Está publicada en MEDINA, Juan de, *Historia de los sucesos de la Orden N. Gran P. San Agustín de estas islas Filipinas, desde que se descubrieron y poblaron por los españoles con noticias memorables*, (1630), Tipo-Litografía de Chofré y Comp, Manila 1893, 281-478.

La incluimos en esta breve presentación de las fuentes con objeto de destacar su importancia para el conocimiento de los sucesos de Ilocos durante el tiempo de la presencia inglesa en Filipinas⁵.

– *Relación sucinta, clara y verídica de la toma de Manila por la escuadra inglesa, escrita por el P. Fr. Agustín María de Castro y Amuedo, natural de la villa de Bañeza, Agustino calzado. Año de 1770.*

Este documento tiene un valor excepcional, en tanto en cuanto su autor fue testigo de la mayor parte de lo que relata, tanto durante el sitio de Manila como durante la acción en las provincias. Agustín María de Castro (1740-1801), desde que arribó a Filipinas en 1759 cultivó una enorme afición a los libros y documentos antiguos con el registro y examen de las obras manuscritas e impresas del convento de San Agustín. Tuvo que interrumpir sus trabajos como bibliotecario debido precisamente a la invasión inglesa de Manila. Castro participó activamente en la defensa de la capital y luego en las de Bulacán y Pampanga. Estuvo la mayor parte del tiempo afanado en la extracción de salitre y en la fabricación de pólvora

⁵ RODRÍGUEZ, *Historia de la Provincia*, III, 195-201.

en San Miguel de Mayumo⁶. La citada relación se encuentra en el Archivo de la Provincia de Agustinos de Filipinas. Fue reproducida parcialmente por Eduardo Navarro y, las partes no publicadas por éste –por no tener relación con la guerra contra el inglés– por Manuel Merino⁷. El propio Castro advierte en la introducción de su manuscrito los cauces informativos que ha utilizado aparte de su propia experiencia sobre el terreno. Reproducimos a continuación las fuentes que empleó según informa en sus primeras páginas. Aunque algo largo advertimos que es la primera vez que se publica con total fidelidad al documento original pues el P. Navarro dejó sin reproducir algunas frases (omisión que tomó inadvertidamente el P. Isacio en su *Historia*):

“Los documentos de que me he valido para su formación fueron: primeramente, los que yo mismo vi y observé como testigo presente, que me hallaba en la ciudad y en la muralla todos los días que duró el combate. Lo segundo, el informe de los cabos y oficiales de esta guerra, a quienes consulté varias veces. Lo tercero, la relación que compuso el docto P. Fr. Pedro de Vigar, de los alzamientos de Vigan sólamente. Lo cuarto, la relación del alzamiento de Pangasinán, compuesta por el P. Lector Fr Juan Bautista Arenos, ambos de mi religión. Lo quinto, un cuadernillo de epigramas latinos,

⁶ NAVARRO ORDÓÑEZ, Eduardo, *Documentos indispensables para la verdadera historia de Filipinas*, I, Imprenta el Asilo de Huérfanos, Madrid 1908, 340.

⁷ El documento completo está en APAF, leg. 234, f. 129. Eduardo Navarro reprodujo nueve capítulos: NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 46-92. Capítulo primero: “Del estado de Manila y llegada de la escuadra inglesa”; capítulo segundo: “Venida de la escuadra y pérdida de la ciudad casi por sorpresa”; capítulo tercero: “Sale el sr. Anda de Manila, declárase gobernador de Filipinas y contiene las islas en el vasallaje del Monarca Cathólico”; capítulo cuarto: “Batallas de Bulacán y Malinta y salvación del patache *Filipino*”; capítulo quinto: “Del motín y alzamiento que sucedió en varias provincias con motivo de esta guerra y pérdida del galeón *Trinidad*”; capítulo sexto: “De la oculta traición que tenían tramada los chinos que viven en Filipinas contra el Sr. Gobernador Anda”; capítulo séptimo: “De otros alzamientos y motines populares que con ocasión de esta guerra sucedieron”; capítulo octavo: “Del fin de la guerra y venida de la paces”; capítulo noveno: “De los grandes trabajos que esta guerra ocasionó a los Padres Agustinos de Filipinas”. Los capítulos no publicados por Navarro eran el noveno y el décimo que sí aparecieron en MERINO PÉREZ, Manuel, “Páginas misioneras de antaño”, en *Missionalia Hispánica* 9 (1952) 125-130 (capítulo 9º “De los grandes trabaxos que esta guerra ocasionó a la Religión agustiniana de Philipinas”); 130-139 (capítulo 10º “De otros trabaxos no menos gloriosos, que sobrevinieron a esta Provincia Agustiniana, después de la guerra, con ocasión de la nueva misión de Leite”).

del P. Bartolomé Sanguizín, cura de Quiapo, impreso en Manila en 1766. Lo sexto una relación de todo lo acaecido al Santísima Trinidad, hecha por un sujeto de los empleados en él, impresa con licencia en Manila en el colegio de Santo Thomás, año de mil setecientos y sesenta y quatro. Lo séptimo un cuadernillo de octavas reales, intitulado ‘Compendio histórico poético sobre los ilustres hechos de el señor Don Simón de Anda y Salazar’ dedicado al Ilmo y Rmo Señor Don Fray Joseph Ruiz de Lila, agustiniano, obispo electo de Guamariga, su author Don Alonso Jaen y Castillo, profesor de Philosophia y bellas letras en la ciudad de Cádiz su patria: impreso con licencia en Cádiz por Don Manuel Espinosa de los Monteros, impresor de la Real Marina, año de mil setecientos y sesenta y cinco. Lo octavo y último me he valido de los informes auténticos y jurídicos que la ciudad y religiosos de Manila enviaron al rey por su consejo de Indias. Estas son las fuentes en donde he bebido la verdad histórica, cronología y crítica”⁸.

Castro aporta un caudal de información de enorme valor. Resulta fundamental para la construcción de algunos sucesos⁹.

- *Carta del P. José Victoria, Rector Provincial de la del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas al Rey en nombre de todo el definitorio con motivo de las vejaciones de que fueron objeto nuestros religiosos por Don Simón de Anda y Salazar*¹⁰. Manila 1772.

Como reza el título se trata de un correlato de la acción agustiniana durante la ocupación inglesa. El testimonio del P. Victoria trata de presentar con toda su crudeza los grandes padecimientos de estos religiosos entre 1762 y 1764 como contraposición al litigio que entonces estaban su-

⁸ APAF, leg. 234, f. 88rv. Las mencionadas reproducciones inexactas en NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 47-48; RODRÍGUEZ, *Historia de la Provincia*, III, 344-345. El análisis completo en las páginas 222-227.

⁹ Puede consultarse sobre el personaje GONZÁLEZ CUELLAS, Tomás, *P. Agustín María de Castro, misionero inquieto, investigador, historiador y viajero*, Ed. Estudio Agustiniano, Valladolid 2001.

¹⁰ Documento inédito reproducido en NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 11-45. Navarro previamente lo había publicado en *España y América* 4/I (1906) 45-50, 122-129, 202-207, 294-301, 360-367, 454-458. Un estudio en RODRÍGUEZ, *Historia de la Provincia*, III, 266-268; este mismo autor reproduce en este volumen la carta que Victoria escribió a Pedro Calderón Enríquez, miembro del Consejo Real y Supremo Consejo de Indias en misiva fechada en Manila a 9 de julio de 1771. El legajo se puede encontrar en APAF, leg. 36, 30 hs. Fol.: RODRÍGUEZ, *Historia de la Provincia*, III, 267. ID., “La expulsión de los agustinos de la provincia de la Pampanga, 1771”, en *Archivo Agustiniano* 73 (1989) 278-279, 283, 289, 396.

friendo con el gobernador Simón de Anda, antes aliado y en su regreso a Filipinas como gobernador enemigo. La exposición de Victoria contribuye al propósito de aportar conocimiento fáctico de la guerra contra el inglés, así como del rol desempeñado por los agustinos. El memorial fue reconocido por Carlos III quien por cédula real de 1773 desaprobó las acciones de su gobernador en Filipinas. Navarro publicó el documento con correcciones de estilo, acentuación y ortografía, la que quizá por nesciencia del copista contiene errores y algunas omisiones.

– *Historia de las islas Philipinas compuesta por el R. P. Lector Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga del Orden de San Agustín ex definidor de su provincia, calificador del Santo Oficio, y cura regular del pueblo de Parañaque*, Impreso en Sampaloc por Fr. Pedro Argüelles de la Concepción Religioso Francisco, año de 1803.

Esta obra del agustino Martínez de Zúñiga contiene abundante información sobre la guerra contra el inglés, concretamente en los capítulos XXXIII-XXXVII (páginas 601-687). Se trata de la primera historia impresa como tal escrita por un agustino en la que se relatan los sucesos bélicos de 1762-1764. Martínez de Zúñiga utilizó los archivos de la Orden en el convento de San Agustín y un material de primer orden. Para escribir su obra tuvo acceso a documentos y a los papeles oficiales del arzobispo Rojo, pues en ella, según Eduardo Navarro, cita párrafos literales. El propio Zúñiga informa precisamente en su *Estadismo* sobre el origen de los materiales de consulta:

“Como yo estaba escribiendo la historia de Filipinas (de 1801 a 1803), había leído todos los manuscritos concernientes a esta guerra, y me había informado de personas desinteresadas y contemporáneas, me hallaba bastante informado de todas las menudencias que acaecieron en estos sitios para contárselas al General [Ignacio María de Álava]”¹¹.

– *Documentos indispensables para la verdadera historia de Filipinas*. Con prólogo y anotaciones del P. Eduardo Navarro, Agustino de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús, Imprenta del Asilo de Huérfanos, Madrid 1908, dos tomos.

¹¹ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, Joaquín, *Estadismo de las islas Filipinas o mis viajes por este país*, I, ed. W.E. Retana, Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos, Madrid 1893, 354.

Los dos volúmenes del P. Navarro constituyen la mayor colección documental en la materia. La obra resulta fundamental para conocer en profundidad la historia de la invasión inglesa de Manila y las acciones subsiguientes, además de la propia historia de la Orden de San Agustín en ese tiempo. Los dos volúmenes impresos suman más de mil páginas. Aún hoy día sorprende lo poco que es conocida, y utilizada, por historiadores españoles y foráneos¹². En ello quizá pudo influir inicialmente su escasa tirada (doscientos cincuenta ejemplares) o la poca precisión del título de los dos libros.

El P. Navarro había proyectado realizar cuatro volúmenes, pero su enfermedad y muerte en 1910 lo impidieron, de tal modo que sólo sacó dos a la luz y dejó mediado el tercero¹³. Realmente la obra, de haberse ejecutado en su totalidad, habría constado de un excelente plan de conjunto. Los dos libros que fueron publicados contienen todo lo relativo a la acción inglesa en Filipinas. Albergan una gigantesca recopilación de documentos, muchos de ellos inéditos, que comprenden en muchas ocasiones una densa anotación a pie de página. Navarro recurrió a la contratación de técnicos para copiar aquellos documentos en diferentes archivos (principalmente los de Indias y Simancas) para ir transcribiendo todos los informes, memorias, disposiciones, etc. concernientes a Filipinas¹⁴. Muchos de los documentos de esos dos volúmenes aparecieron publicados en distintos números de las revistas *España y América*¹⁵ y *Archivo Agustiniiano*¹⁶.

¹² Un acercamiento a la figura de Eduardo Navarro y a esta obra en concreto en BLANCO ANDRÉS, Roberto, *Eduardo Navarro, un agustino vallisoletano para la crisis de Filipinas*, Estudio Agustiniiano, Valladolid 2005, 218-223.

¹³ Un estudio exhaustivo sobre su estructura e índices RODRÍGUEZ, *Historia de la Provincia*, III, 157-180.

¹⁴ “El P. Navarro buen catador de materiales inéditos, en el sentido más genuino de la palabra, había establecido contactos con los directores de los Fondos de Simancas, Archivos Histórico Nacional de Madrid y General de Indias de Sevilla, extendiendo además sus investigaciones a otras colecciones particulares, que de milagro se habían salvado en las Islas Filipinas”: *Ibid.*, IX, ix.

¹⁵ La revista *España y América* nació en 1903 siendo su primer director el P. Benigno Díaz. Se trataba de una revista quincenal cuyo objetivo era el de “fomentar entre los jóvenes de la Provincia el hábito de escribir para el público, y dar a conocer nuestra restauración, después de la pérdida de Filipinas, tanto en España como en las Américas y otros países”: MARTÍNEZ NOVAL, *Provincia de Filipinas. España*, 572. La revista dejó de publicarse en 1936. Este órgano literario de la provincia de Agustinos de Filipinas recoge en sus primeros nú-

Los tomos tres y cuatro de haberse terminado habrían abarcado las cuestiones concernientes al real patronato y la visita diocesana, que afectó al conjunto del clero regular de Filipinas, y de manera especialmente onerosa a la Orden de San Agustín. El propio Navarro advierte del propósito de continuación en distintas anotaciones al pie. Las copias que tenía dispuestas quedaron custodiadas en la casa agustiniana de Madrid, en Goya 87, hasta que lamentablemente desaparecieron con motivo de los incendios allí provocados durante la guerra civil española.

La ingente cantidad de documentación impresa hace a esta obra ineludible para cualquiera que se acerque a la temática de la invasión inglesa. Aparte de incluir las memorias referidas de Castro y Victoria, también presenta otras fundamentales del arzobispo Rojo, del oidor Leandro Viana sobre el diario del sitio, junto con cientos de circulares, cartas entre religiosos o con Simón de Anda. En esta monumental documentación circulan los principales protagonistas del conflicto. Lógicamente no sólo los frailes agustinos, o los cargos españoles, sino también, con prolijidad los propios filipinos que participaron en la guerra, las compañías que se formaron, el detalle de las operaciones y los nombres de muchísimos de ellos, sin cuyo concurso y lealtad no habría sido posible mantener el territorio no ocupado por los ingleses fiel a la corona española.

meros diversos documentos inéditos y artículos del P. Navarro. Los números referentes a 1906 recogen las importantes relaciones de los agustinos Victoria y Castro y Amuedo, más el testimonio literal rubricado por el arzobispo-gobernador de Manila monseñor Rojo: *España y América* 4/I (1906) 45-50, 122-129, 202-207, 294-301, 360-367, 454-458, 542-549; 4/II (1906) 45-50, 134-141, 205-211, 285-294, 374-381, 436-443, 531-538; 4/III (1906): 42-47, 123-131, 194-200, 274-282, 361-366, 457-463.

¹⁶ El nombre original de la revista fue *Archivo Histórico Hispano-Agustiniano*. Su objetivo, según recogió el capítulo provincial de 1913, era el de publicar los documentos del archivo de Manila, buscando una mayor colaboración entre los miembros de la provincia distribuidos en China, Filipinas y América. En la circular que dirigía a los lectores decía el P. Martínez: “en la Memoria remitida al último Capítulo por el Reverendo P. Vicario Provincial de Filipinas, se hacen observaciones muy provechosas sobre la conveniencia de sacar a la luz pública una gran parte de los papeles inéditos que se conservan en el archivo de Manila. El infatigable historiador P. E. Navarro había dado principio a estas tareas, pero la muerte le sorprendió antes de que se terminara la publicación de nuestros documentos históricos. Continuar la obra del P. Navarro parece difícil; son pocos los que se sienten con vocación para completar lo que él no ha hecho. Pero aún concluida, esta clase de libros tiene el no pequeño inconveniente de la aridez; su misma lectura no está exenta de dificultades, por el natural cansancio que produce”: MARTÍNEZ NOVAL, *Archivo Histórico Hispano Agustiniano* 1 (1914) 5.

Como parte más censurable debe citarse que Navarro en alguna de las memorias que hemos citado introdujo algunos cambios en el estilo, o incluso recortes. Por otra parte, sus anotaciones a pie de página, aunque cargadas de erudición, pecan de excesiva densidad y de apasionamiento en la emisión de juicios¹⁷.

II. FILIPINAS ENTRA EN LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS

El Tercer Pacto de Familia entre Francia y España, firmado en 1761 entre Carlos III de España y Luis XV de Francia, tuvo como consecuencia inmediata la entrada de España en la que hoy conocemos como Guerra de los Siete Años (1756-1763). España intervino en un conflicto que estaba en su etapa final. La guerra había estallado por diferentes disputas en torno al control de Silesia y había extendido su área de acción, a modo y manera de una auténtica guerra mundial, hasta América del Norte y la India. Los dos bloques de alianzas se distribuían en torno a Francia y Gran Bretaña.

En enero de 1762 España y Gran Bretaña se declararon mutuamente la guerra¹⁸. Con el nuevo escenario bélico Londres activó los planes del primer ministro, el conde de Bute, y de lord Anson, del Almirantazgo, de atacar objetivos españoles en La Habana y Manila. El proyecto concreto de atacar Manila se aprobó el 6 de enero en un encuentro entre responsables del gobierno británico y oficiales del Almirantazgo. Lord Anson propuso la toma de la ciudad de Manila de acuerdo con una propuesta realizada por el coronel William Draper, entonces jefe del Estado Mayor.

¹⁷ Resultaría del mayor interés una monografía amplia sobre la invasión inglesa de Filipinas. Aunque valiosos los trabajos de Fish y Tracy, ambos ofrecen la historia del ataque desde fuera, esto es, desde la perspectiva de la corona británica y la compañía de las Indias Orientales, limitándose a proporcionar escasa información sobre lo que ocurre en la Filipinas española durante la guerra. Fish, por otra parte, dedica varios capítulos a la historia de Filipinas aportando poca bibliografía y algunos juicios de valor: FISH, Shirley, *When Britain ruled the Philippines, 1762-1764. The Story of the 18th Century British Invasion of the Philippines during the Seven Years War*, Bloomington (Indiana) 2003; TRACY, Nicholas, *Manila Ransomed. The British assault on Manila in the Seven Years War*, University of Exeter Press, Devon 1995.

¹⁸ FISH, *When Britain ruled the Philippines*, 2.

El lord del Almirantazgo no podía ser más receptivo a la idea. El plan de Draper le recordaba el éxito y la riqueza que había obtenido diez y nueve años atrás cuando capturó en Filipinas el galeón *Nuestra Señora de Covadonga* mientras regresaba desde Acapulco. Además, Draper expuso que la ocupación de Manila no entrañaría grandes complicaciones y resultaría muy beneficioso tanto a la corona británica como a la Compañía de las Indias Orientales. Según el informe remitido por Draper la ocupación de Filipinas podría ofrecer, en primer lugar, el acceso a una ciudad considerada de gran riqueza y opulencia; en segundo lugar el control del puerto de Cavite, como punto de escala y reparación de naves; y tercero servir también como un trampolín para el comercio con China¹⁹.

Draper expuso que la campaña debía efectuarse contando con la mutua colaboración entre la expresada Compañía, que habría de aportar barcos y soldados de Madras, junto con las naves de la *Royal Navy* y los militares destinados allí. Precisamente en Madras se encontraba el propio regimiento de Draper, el 79º de infantería, que también habría de participar en la empresa. La Compañía de las Indias Orientales aceptó participar y mostró un gran interés por retener para sí la isla de Mindanao, pero no por ello dejó de esgrimir objeciones sobre la rentabilidad de la empresa²⁰.

Las fuerzas reunidas no tenían por objetivo la conquista de todo el archipiélago: la idea era dañar el poderío español, como adversario que era, y retener Mindanao para facilitar la expansión de los intereses comerciales de la Compañía de las Indias Orientales en la región²¹.

Filipinas mientras tanto vivía ajena a todo lo que ocurría en Europa y durante mucho tiempo no tuvo constancia del estado de guerra. Para colmo de males la gobernación del archipiélago vivía un largo e inconveniente interinato, en manos de personas poco aptas. Los máximos responsables no parecían los más adecuados para hacer frente a la terrible situación que se avecinaba. Era entonces el encargado del gobierno circunstancialmente el arzobispo de Manila Manuel Antonio Rojo, natural de Tula, (Nueva España), canónigo y provisor de la ciudad de México. Rojo ejercía como gobernador interinamente a la espera de la llegada del titular. El mando del prelado de Manila constituía en realidad una se-

¹⁹ *Ibid.*, 7.

²⁰ *Ibid.*, 2-4.

²¹ *Ibid.*, 15-16.

gunda interinidad después de la muerte del anterior titular, Pedro Manuel de Arandía²². La primera la había ejercido el obispo de Cebú Miguel Lino de Ezpeleta, criollo de Manila, por estar también vacante la sede arzobispal tras el fallecimiento de Arandía el 31 de mayo de 1759. El prelado de Cebú mostró serias reticencias a entregar el mando a monseñor Rojo cuando llegó al país en julio de 1759²³. En su oposición contó con el apoyo de dos oidores de la Audiencia, Galbán y Villacorta, que a su vez se enfrentaron con Calderón y Rojo, partidarios de que resignase en el arzobispo. En el curso de las deliberaciones Lino de Ezpeleta irrumpió en la Audiencia advirtiendo de que tenía tropa de artillería sobreavisada. Los debates se dieron por concluidos aceptando la prórroga de su mando. En julio de 1761 llegó una real cédula habilitando al arzobispo en el ejercicio pleno del mando²⁴, momento en que el mitrado de Cebú tuvo que cederlo sin más maniobras.

Monseñor Rojo, de quien observa el agustino Castro que tenía “el don de la ciencia, pero no el del consejo”, ejerció gobierno pleno durante los siguientes quince meses, hasta la llegada de los ingleses²⁵. Parece que durante su mandato se ventilaron algunas cuestiones en relación con la visita a los regulares, punto siempre sensible y polémico en Filipinas²⁶.

²² Castro nos informa de que el propietario del cargo de gobernador, enviado a Filipinas, a la sazón el brigadier Juan Gómez de la Torre había fallecido en el viaje al archipiélago antes de llegar a las Marianas: APAF, leg. 234, f. 90v.

²³ MONTERO Y VIDAL, José, *Historia general de Filipinas desde el descubrimiento de dichas islas hasta nuestros días*, II, Est. Tip. de la viuda e hijos de Tello, Madrid 1894, 8.

²⁴ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 597-600.

²⁵ APAF, leg. 234, f. 91 rv.

²⁶ Esta frase es omitida por NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 58 en la transcripción del original, concretamente la segunda línea del punto tercero de la relación, que así la refiere Castro literalmente: “Comenzó a gobernar el señor Arzobispo Roxo, con sus altos i baxos, entregado totalmente a la dirección i monita de los Padres Jesuitas, quienes lo dirigían todo acia el centro de sus máximas e intereses. Nosotros [los agustinos] perdimos por este varios pleitos que teníamos pendientes con ellos, expecialmente el de los pueblos i administración de Mandurriao en Yloilo, i otros muchos que fuera mui largo el referirlos”: APAF, leg. 234, f. 91r.

III. LOS AGUSTINOS DE FILIPINAS EN VÍSPERAS DE LA GUERRA

En el momento en que los ingleses realizaron su irrupción en Filipinas los agustinos tenían a su cargo 378.057 almas distribuidas en 96 pueblos y 16 misiones, que se correspondían sin ninguna duda con la mayor de las administraciones servidas tanto por el clero regular como por el secular²⁷. Las provincias atendidas por los agustinos eran mayoritariamente las de Tondo, Bulacán, Balayan (actual Batangas), Pampanga, Ilocos, Cebú, Iloilo y Panay (véase anexo 1).

Antes de 1762 quizá el problema más acuciante para los frailes agustinos procedía de los ataques moros en las islas Bisayas. La persistencia de estas acciones y la falta de defensas llegó a ser verdaderamente agobiante en islas como Panay o en Cebú. En 1754 los agustinos de Antique y otros pueblos como Miagao, Guimbal, Tigbauan u Oton habían levantado pequeñas fortificaciones, con estacas y baluartes con falconetes, pedreros y lantacas para repeler las frecuentes ofensivas musulmicas. Además los párrocos de la Orden instruían a los naturales en el uso de arcabuces y fusiles. El 21 de abril el agustino José Echevarría se puso al frente de sus feligreses y repelió un ataque moro en Miagao. Otro fraile destacado en este tipo de operaciones fue el P. Agustín Alonso en Bugason, quien parece ser defendió la localidad y perpetró una gran matanza de los asaltantes. Los agustinos de esta isla dedicaron recursos para la compra de fusiles,

²⁷ Para este año tenemos la memoria del provincial Fr. Pedro Velasco titulada "Razón de los pueblos, tributos, reservados de edad, y enfermedad, solteros, doncellas, escuelas de niños, y niñas, ynfantes, misiones, cathecúmenos, y nuevos bautizados, de las provincias, y ministerios que están a cargo de la Religión de Ntro Padre San Agustín en estas islas Philipinas, este presente año de 1760". Está firmada en Tondo a 16 de abril de 1760. Una reproducción en *Archivo Histórico Hispano Agustiniiano* 23 (1925) 212-218. BLAIR, Emma Helen-ROBERTSON, James Alexander, *The Philippine Islands 1493-1898*, XIX, Cleveland-Ohio 1903-1909, 48, 52-58. Para ese mismo año los dominicos administraban 48 pueblos y 9 misiones con 126.808 almas; los franciscanos, 64 pueblos y 18 misiones con 153.721 almas; la Compañía de Jesús, 81 pueblos y 8 misiones con 193.026 almas; y los agustinos recoletos 42 pueblos y 12 misiones en 45.595 almas: RODRÍGUEZ, *Historia de la Provincia*, III, 140. El documento se encuentra en la biblioteca del Estudio Teológico Agustiniiano en un manuscrito encuadernado con la signatura F-A-d139, uno de cuyos papeles contiene un detallado padrón general del año 1760 firmado por el arzobispo de Manila. Dicho documento otorga erróneamente, por equivocación en la suma, el número de 373.026 almas para los agustinos.

lantacas y pólvora para los baluartes, además de arroz para el mantenimiento de los isleños allí destinados²⁸. En 1757 llegaron incluso a fabricar una balandra de guerra gastando en ella 3.298 pesos y una galera llamada *San Agustín*, que costó 6.379 pesos. Estas embarcaciones fueron empleadas para hacer el corso contra los moros y proteger a los religiosos en sus desplazamientos náuticos. Entre las acciones más sonadas de la balandra estuvo el levantamiento del sitio de Dumangas²⁹.

La administración espiritual encontró sus principales complicaciones en las misiones de Benguet en la cordillera y en Taal (Balayan). En la primera el provincial fray Pedro Velasco (1759-1762) chocó con las continuas intromisiones de la autoridad civil, que dieron por resultado la devastación de las misiones de Tonglo a tenor de la invasión efectuada por el alcalde mayor de Pangasinan Juan Manuel de Arza entre febrero y marzo de 1759. La campaña acabó con la confianza y proximidad que los agustinos habían conseguido pacientemente con los igorotes en los años anteriores. En consecuencia, como protesta, el P. Velasco anunció el abandono de la misión de Benguet. En 1760, por el contrario, se abrieron otras misiones en Bana, debidas al agustino Agustín Navarro, y en Tagudin, a cargo del P. Andrés Carro³⁰.

En Taal los problemas procedieron de la devastación producida por la erupción en 1754 del volcán del mismo nombre. La provincia de agustinos de Filipinas desembolsó erario para mejorar la situación de las áreas afectadas³¹.

²⁸ MARTÍNEZ NOVAL, Bernardo, *Apuntes históricos de la Provincia Agustiniense del Smo Nombre de Jesús de Filipinas. Filipinas*, Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Madrid 1909, 161-164.

²⁹ *Ibid.*, 166-169. Un ejemplo de la preocupación de las autoridades religiosas y civiles en este tiempo sobre este punto en RODRÍGUEZ, *Historia de la Provincia*, III, 143-145. Para más información WARREN, James Francis, *The Sulu Zone 1768-1898. The dynamics of External Trade, Slavery, and Ethnicity in the Transformation of a Southeast Asian Maritime State*, New Day Publishers, Quezon City 1985; BLANCO ANDRÉS, Roberto, “El ‘Padre Capitán’ Julián Bermejo y la defensa contra la piratería mora en Cebú”, en *Archivo Agustiniense* 101 (2017) 7-54.

³⁰ ID., “Los agustinos en la cordillera filipina: las misiones de Benguet”, en *Archivo Agustiniense* 102 (2018) 13-14.

³¹ MARTÍNEZ NOVAL, *Apuntes históricos, Filipinas*, 167-169. “A la provincia de Taal arruinada por las reventazones del Bolcán y combatida de Hambre, Guerra y Peste, socorrió de sus propios bienes, y de tal cual limosna, que solicitó de los Fieles, con que pudo susten-

Las determinaciones de gobierno de estos años transmiten cierta preocupación por la observancia de los religiosos³². La reiteración de algunas actas y advertencias, sobre hábitos, clausura y vestimenta, son sin duda indicativas de ello. Entre las más recurrentes se encontraban las prohibiciones de que los frailes acudiesen a funciones de bodas, u otras celebraciones, en las casas de los indígenas y los mestizos, so pena de un mes de hebdomada a cumplir en el convento de Manila; también la exigencia de la honestidad en el vestido, o no comer y pernoctar fuera del convento en aras de respetar la clausura, la prohibición del cobro por las cédulas de confesión, y la de tener criados para los que no pasasen de 50 años o estuviesen habilitados para ello³³.

Otras preocupaciones del momento previo al estallido de la guerra con el inglés radicaban en la atención a la formación de los frailes que se integraban en la provincia o en el devenir del colegio seminario de Valladolid, que por estas fechas daba sus primeros pasos³⁴.

tarse, de manera que oy [1758] logran aquellos pueblos alivio, y el Rey Nuestro Señor sus tributos ordinarios”.

³² El propio Castro lo recoge en su memoria. “Los frailes díscolos y relajados no obedecían, ni hacían caso de vivir en conventos, ni estar quietos y sosegados en algún sitio, como se les mandaba, sino que andaban (algunos) vagos, inquietos, y cargados de armas, dando escándalo y nota a los naturales y españoles”: APAF, leg. 234, f. 115rv. En relación con esto pueden situarse estas palabras del escritor Nick Joaquin: “*It is said that several of the friar guerrilleros became so fond of fighting they did not return to their convents at the end of war but continued operating in the boondocks, this time as bandit leaders*”: JOAQUIN, Nick, *The Bookmark, Inc*, Makaty city 1999, 123.

³³ APAF, *Libro de Gobierno 9*, f. 55rv. Capítulo provincial 29.04.1762. Determinaciones 6^a, 7^a y 10^a. Estas actas o determinaciones recogían las anteriores del capítulo de 1750. Aparte de los mayores de 50 años tenían derecho a tener criado el prior de Manila, el ex provincial, los maestros, el subprior y los lectores. El procurador del convento podría tener los que estimase oportunos. La determinación décima establecía que los religiosos, tuviesen o no criado, tenían derecho a que se les lave la ropa, se les suba agua, candela y aceite “para que no pierdan el tiempo necesario a sus estudios demás quehaceres”.

³⁴ En relación con los estudios, fray Miguel Vivas llamó la atención del definitorio sobre la necesidad de atenerse a las constituciones después de haber denunciado algunas irregularidades observadas en el último capítulo: APAF, *Libro de Gobierno 9*, ff. 60r-61v. Convento de Tondo, 13.08.1762. Definitorio privado. La cuestión no se pudo tratar por la “llegada del enemigo inglés” y el fallecimiento del provincial.

IV. LA LLEGADA DE LOS INGLESES

Aunque en Filipinas no se tenía constancia oficial del estado de guerra entre España e Inglaterra, había una serie de indicios sobre su existencia. En agosto de 1761 una fragata inglesa, que surcó por el archipiélago, levantó muchas sospechas al saberse que estaba trazando mapas, haciendo sondeos y desplazándose entre distintos puntos. Al año siguiente los indicios fueron más palmarios. Unos comerciantes armenios, procedentes de Madras (India), informaron a las autoridades de Manila de la preparación de una escuadra inglesa para atacar Filipinas³⁵. Datos similares a los de estos mercaderes aportaron varias cartas llegadas al archipiélago, como la de un sacerdote secular filipino, o la recibida por el agustino José Cuadrado, párroco de Sarrat (Ilocos Norte) en la que su padre le informaba de que había escuchado la noticia de la guerra entre España e Inglaterra³⁶. Pero el arzobispo gobernador no consideró oportuno tomar ninguna medida defensiva al no haber recibido ninguna comunicación oficial.

Así las cosas, el día 13 de septiembre se avistó en las proximidades de Mariveles un navío³⁷. Comunicada su presencia a las autoridades de Manila, al día siguiente trataron de averiguar de qué buque se trataba, pensándose inicialmente que era el galeón *El Filipino* (*Nuestra Señora del Rosario y San Juan Bautista*), al que se esperaba de vuelta de Acapulco. Pero llegado el momento y requeridas las explicaciones la embarcación se negó a responder

³⁵ MOLINA, Antonio M., *Historia de Filipinas*, I, Ediciones de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid 1984, 157. RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Isacio-ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, Jesús, *Al servicio del Evangelio. Provincia Agustiniense del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas*, Editorial Estudio Agustiniense, Valladolid 1996, 176.

³⁶ “El padre Cuadrado Agustino recibió carta de su Padre, que le avisaba por la vía de China de la declaración de guerra, pero como era noticia particular, y no la confirmaban, los que habían ido al comercio de Cantón, y de Batavia, no se hizo caso de ella”: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 601-603. Castro afirma haber visto esa carta firmada en Sevilla y explica que Cuadrado la envió al obispo de Nueva Segovia Bernardo Ustáriz, así como que monseñor Rojo no hizo ningún caso de ella diciendo que eran “noticias de frailes” (subrayado en el original): APAF, leg. 234, f. 91r. Copia a Martínez de Zúñiga: MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 12.

³⁷ AYERBE, marqués de (Pedro Jordán de Urries), *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, Imprenta de Ramón Miedes, Zaragoza 1897, 33-34. MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 601-602.

y el 17 de septiembre se marchó. En esta ocasión el arzobispo se puso en alerta: ordenó incrementar la vigilancia y mandó avisos a las provincias³⁸. Las primeras circulares se remitieron a las vecinas Tondo, Bulacán, Pampanga y Pangasinan. Esta última hizo más oposición a aportar refuerzos³⁹.

A las cinco y media de la tarde del martes 22 de septiembre⁴⁰ hizo su aparición una escuadra inglesa en la bahía de Manila enfilando hasta punta de Sangley, mirando en dirección a la Pampanga⁴¹. Los avisos extraoficiales demostraban ahora inexorablemente toda su veracidad.

Las fuerzas inglesas estaban comandadas por el brigadier general William Draper y el vicealmirante Samuel Cornish. La tropa expedicionaria estaba integrada por una escuadra de quince barcos en dos divisiones y un total de 6.839 hombres. Habían partido de Madras el 1 de agosto y el 27 hicieron su último trayecto desde Malaca⁴². El ejército congregado para la invasión tenía un carácter multiétnico. Había un regimiento británico reglado, el 79º, y después un amplio conglomerado, entre otros, de soldados indios (cipayos, algunos de ellos se quedaron en Filipinas después de la guerra), malabares y soldados franceses apresados en Pondichery⁴³.

³⁸ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 329-334.

³⁹ APAF, leg. 234, f. 104r.

⁴⁰ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 603; APAF, leg. 234, f. 93r; MOLINA, *Historia de Filipinas*, I, 158.

⁴¹ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 98, (informe del arzobispo), 337.

⁴² FISH, *When Britain ruled the Philippines*, 28. Los barcos eran: *Grafton, Panther, Elisabeth, America, Norfolk, Weymouth, Falmouth, Lenox, Argo, Seahorse, Seaford, Essex, Osterly, Admiral Stevens* y *Southsea Castle*. Datos sobre la fuerza inglesa con variaciones en APAF, leg. 234, f. 93v (cuatro mil hombres de desembarco, “entre blancos, malabares, sipias y otras castas, y 400 franceses que tomaron prisioneros en Pondicheri”. Martínez de Zúñiga ofrece el número de mil quinientos soldados; quinientos soldados en el regimiento de Draper; del batallón de voluntarios de Chamal; dos compañías de artilleros; tres mil marineros europeos con fusiles; ochocientos “sipayes” fusileros, y mil cuatrocientos de los mismos para la fajina, que formaba una ramada de seis mil ochocientos treinta hombres: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 606. Siguen grosso modo estas cifras: ZAIDE, Gregorio F., *Philippine Political and Cultural History. (The Philippines since the British invasion)*, II, Philippine Education Company, Manila 1957, 3; MALO DE LUQUE, Eduardo (pseudónimo de duque de Almodovar), *Historia política de los establecimientos coloniales ultramarinos de las naciones europeas*, V, Madrid 1790, 238; y MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 13. Mayores diferencias en Viana, reproducido en NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 343.

⁴³ TRACY, *Manila Ransomed*, 17, 22-23. Una perspectiva del carácter multiétnico en FLANNERY, Kristie Patricia, “The Seven Years’ War and the Globalization of Anglo-Iberian

Las fuerzas españolas, por su parte, eran bastante escasas. Se reducían al Regimiento del rey, una unidad que desde su creación constaba de veinte compañías de cien hombres, dirigidas por un capitán, un teniente y un alférez, pero que nunca se había llegado a completar ni alcanzar el número de mil quinientos hombres⁴⁴. De hecho a la llegada de los ingleses se movía entre quinientos cincuenta y quinientos sesenta efectivos. No se habían repuesto las defunciones, estaba aminorado por las deserciones y buena parte de sus integrantes se encontraban dispersos en Cavite, en presidios o al servicio de los galeones.

Las fuerzas de artillería tenían ochenta hombres, mayormente filipinos y, según Martínez de Zúñiga “poco ejercitados en el manejo del cañón”. Agustín María de Castro infiere que las defensas de la capital no debían llegar a los quinientos soldados y que estos eran bisoños⁴⁵. Los soldados, siguiendo a este autor, eran mayormente mexicanos, o novohispanos (cerca de cuatrocientos) y cien naturales filipinos⁴⁶.

Todas las fuentes, tanto las confeccionadas por agustinos como las restantes, subrayan el mal estado de las defensas y artillería de Manila. Monseñor Rojo se justifica, en memoria reproducida por Eduardo Navarro, en que “nunca creyó Manila ser imbadida por naciones europeas, fundando esta seguridad en lo distante y remoto de su situación y no haber acaecido antes de ahora igual exemplar aún en las diferentes guerras de ambas coronas, y en esta confianza, se contentava con tener la plaza capaz de resistir a los moros y naciones circumbencinas poco expertas en la guerra”⁴⁷.

Junto con las fuerzas expresadas se formaron cuatro compañías milicias de españoles –llamadas del comercio– de trescientos hombres⁴⁸. A

Imperial Entanglement: The View from Manila”, en *Entangled Histories of the Early Modern Iberian and British Empires*, edited by Jorge Cañizares-Esguerra, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 236-254. Agradezco a la autora la información. También resulta del mayor interés THOMAS, Megan C., “Securing trade: the military labor of the British Occupation of Manila, 1762-1764”, en *Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis* 2019, 125-147.

⁴⁴ Una perspectiva de las fuerzas armadas en el archipiélago en este tiempo: AGUILAR ESCOBAR, Antonio, *La defensa de un enclave español en el Pacífico. El Ejército de dotación en Filipinas en los siglos XVII y XVIII*, Círculo Rojo Editorial, s.l. 2017.

⁴⁵ APAF, leg. 234, f. 90v.

⁴⁶ *Ibid.*, f. 92r.

⁴⁷ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 97-98.

⁴⁸ AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 35. Mismos datos que los aportados por Martínez de Zúñiga en MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*,

todas luces estos efectivos eran insuficientes por lo que se recurrió al auxilio de las provincias. Monseñor Rojo remitió órdenes para aportar hombres, armas y víveres. De la misma manera mandó carta a todos los conventos de la capital para que sus frailes ayudasen en la defensa de la ciudad⁴⁹.

En los días siguientes fueron llegando hasta cinco mil filipinos de las provincias vecinas, provistos de flechas, lanchas y machetes. Mil de ellos eran pampangos, y sabemos por Agustín María de Castro, que fueron alojados en el convento de San Agustín. Aquí, como también el resto de la tropa, recibieron manutención para lo que la Orden envió desde sus haciendas vacas y arroz cáscara⁵⁰. Según Martínez de Zúñiga aquellos refuleros “no sabían disparar un fusil” y “sirvieron de muy poco”⁵¹.

Castro censura sin ambages la incompetencia y desconocimiento de monseñor Rojo en la gestión de la defensa. De acuerdo con él, el arzobispo, a la llegada de los ingleses, desechó el consejo de los oidores Galbán, Villacorta y Viana de encargar la defensa de la plaza a un militar de profesión, competente y experimentado en Europa (lo que el agustino achaca a la influencia de los jesuitas⁵²). Responsabiliza por “ignorancia e inutilidad” al arzobispo, al maestre de Campo del Tercio, el marqués de Villamediana, mexicano, “hombre anciano, delicado e inhábil”; y al sargento mayor, Cristóbal Ros⁵³. La misma crítica se extiende a los capitanes mexicanos, que eran la mayoría. De tal manera, que según Castro únicamente había “seis u ocho oficiales de valor y conducta, europeos: pero estos es-

II, 13. Viana matiza de estas unidades: “tocó compañías de españoles que entre todos tendrían 300 hombres, de los cuales, si se exceptúan los españoles de forma y honor, no llegarían a 100”: NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 338.

⁴⁹ *Ibid.*, I, 342.

⁵⁰ APAF, leg. 234, f. 94r.

⁵¹ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 606.

⁵² APAF, leg. 234, f. 91v: “...pero a todo cerraba las orejas, porque así lo querían los jesuitas sus preceptores”. Esta línea es omitida en NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 58. El documento de Agustín María de Castro contiene otras censuras a los religiosos de la Compañía, especialmente cuando habla de las agresiones que se perpetraron contra miembros de otras corporaciones: “lo mismo hicieron con otros varios frailes de varias religiones, a excepción de la Compañía porque esta hacía a dos caras, pues por un lado eran de el Ynglés, i no se metió con ellos: por otro lado eran de el Señor Anda, aunque este se rezalaba mucho de ellos”: APAF, leg. 234, f. 112v.

⁵³ *Ibid.*, f. 92r.

taban tan arrimados i desatendidos, que no se atrevían a sacar la cara y hablar en público”⁵⁴.

La desaprobación se extiende a los vecinos españoles de Manila, sobre los que observa:

“...más entendían de talegas que de bombas. Mexor manejaban la vara de medir, que el fusil: más querían oír un Rabel i un violon, que no un cañon. Si algunos subieron a la muralla por dos horas, era con quita-sol i criados; el criado cargaba el fusil, i el criado hacia la puntería, y el amo disparaba con la cabeza volteada sobre el ombro. Y sobre todo la mala conciencia de los más (no todos) era la que les acobardó i amilanó de manera, que no se trataba ya en los corrillos de otra cosa, desde el primer día sino de entregarse con unas ventajas capitulaciones”⁵⁵.

Las comunidades regulares se implicaron en las labores de defensa de la capital. El rector de la Universidad de Santo Tomás, el dominico fray Domingo Collantes, consiguió formar cuatro compañías de trescientos alumnos de la expresada institución docente corriendo con los gastos de todos ellos⁵⁶. El jesuita Pascual Fernández, maestro de Matemáticas, trabajó con el mayor celo durante el sitio. Todas las corporaciones participaron durante el asedio en las tareas de la defensa, sirviendo en ocasiones como si fuesen soldados en las murallas.

Los agustinos colaboraron con puntualidad con sus parroquias de Tondo, Bulacán y Balayán. Remitieron bienes e introdujeron en la plaza arroz, vacas y el fruto de las estancias. El definidor fray Miguel Braña fue muy activo en la movilización de los filipinos. Fray José Victoria informó años más tarde de que fue el responsable de la llegada de mil tagalos a Manila. Braña trabajó en el abastecimiento de la tropa destinada a la defensa en los distintos sitios y en la logística del racionamiento de arroz y vituallas⁵⁷. Quizá el más destacado en el servicio en la muralla fue fray Juan de Acosta⁵⁸. En Filipinas desde los tiempos del marqués de Ovando, con quien

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Ibid.*, f. 92rv.

⁵⁶ MOLINA, *Historia de Filipinas*, I, 158.

⁵⁷ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 12-13.

⁵⁸ El testimonio de este religioso en *Ibid.*, II, 21-47. Véase también GONZÁLEZ CUELLAS, Tomás, *Misioneros agustinos defensores de las islas Filipinas*, Editorial Estudio Agustiniiano, Valladolid 1991, 3-53.

había llegado a las islas como capitán de ingenieros, había profesado como agustino durante el mandato de Arandía. En el tiempo del sitio de Manila fundió cañones, barrefosos, morteros y otros instrumentos bélicos. Para Victoria “fue uno, y aún el primero y principal en vuestro servicio en la muralla de Manila, haciéndose cargo y defendiendo un baluarte”⁵⁹.

El arzobispo gobernador Rojo puso la plaza en estado de defensa y envió un socorro al puerto y fuerte de Cavite. Precisamente, en este mismo día parece que los párrocos de Tondo, el agustino Miguel Braña, y el de Binondo, un dominico, recibieron aviso para preparar a sus feligreses para la defensa obedeciendo las órdenes del cabo que se pusiese⁶⁰.

V. DESEMBARCO, SITIO Y ASALTO DE MANILA

La presencia del inglés en la bahía de Manila desató la psicosis entre las autoridades españolas. Había poco tiempo que perder para intentar preparar la defensa, y las estructuras que jalonaban ésta presentaban numerosas deficiencias, lo que se sumó invariablemente a la falta de efectivos capacitados. Por otra parte, la escasa pericia y la ausencia de un concepto táctico eficiente lastraron toda efectividad en la organización de la defensa desde el primer momento. Basta con observar, por ejemplo, las dudas que surgieron en torno a la ocupación o voladura de los edificios del sur de la plaza, un entramado de estructuras defensivas, iglesias e inmuebles que podían constituir una peligrosa arma de doble filo. La cuestión se había dirimido hacía tiempo sin aportarse una solución satisfactoria. Ahora no se supo, o no se pudo, acometer con la solvencia que exigían las circunstancias.

El día 22 de septiembre Monseñor Rojo comenzó ordenando sacar el salitre y la pólvora de la principal de esas estructuras defensivas, el San Antonio Abad (conocido como la Polvorista) para trasladarlo al interior de Manila. El 22 por la noche fue enviado el capitán Araya para averiguar quién comandaba la armada y qué intenciones traía. Los ingleses respondieron a las once del día siguiente remitiendo dos oficiales, que se desplazaron junto con Araya, portando una carta firmada por Cornish y Draper

⁵⁹ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 13.

⁶⁰ *Ibid.*, I, 12.

en la que se advertía del estado de guerra entre España e Inglaterra y en la que exigía la entrega de las islas⁶¹. En caso contrario, según el historiador agustino Martínez de Zúñiga, “trahían fuerzas formidables, para hacerse dueños de todo el terreno y que comenzarían a hacer hostilidades al instante, que recibiesen la repulsa”⁶². Rojo rechazó la demanda y avisó de estar presto a “perder la vida por el honor de las armas de su Soberano”⁶³.

El mismo día 23 los ingleses enfilaron algo más al sur y sobre las seis de la tarde efectuaron el desembarco entre el fuerte de la Polvorista y la iglesia de Malate. Precisamente el anterior gobernador, Arandía, había advertido sobre la improcedencia de mantener en pie estas estructuras por constituir un estorbo para la defensa de Manila, pero nada se había hecho al respecto⁶⁴. Contando con la cobertura de sus navíos los atacantes tomaron sin problema la Polvorista, y las iglesias de Malate –administrada por los agustinos– la Ermita, San Juan de Bagumbayan y Santiago además de las casas de aquellos arrabales⁶⁵. Los españoles no sacaron ventaja de las dificultades que ofrecían a los ingleses el gran oleaje y resaca de ese día⁶⁶. Un error estratégico que lamentan las principales fuentes agustinia-

⁶¹ *Ibid.*, I, 338. El marqués de Ayerbe llama al oficial Fernando Araya, y explica que la comisión se realizó íntegra el día 23. AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 36.

⁶² MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 603-604.

⁶³ *Ibid.*, 604.

⁶⁴ MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 14.

⁶⁵ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 603-604. Montero y Vidal mantiene para el desembarco la fecha inglesa que iba un día por encima del calendario español: MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 14.

⁶⁶ Viana explica que se discutió la posibilidad de ofrecer resistencia al desembarco en Malate, San Antonio Abad y el resto de edificios sólidos, o en caso contrario volarlos para evitar su uso por el enemigo. La misma fuente concluye que no se hizo nada por impericia del arzobispo gobernador y sus mandos. De tal modo que cuando se produjo el desembarco únicamente se habían conseguido instalar unas escasas fuerzas –las del capitán Iliberri, criollo de Manila, junto con sus alféreces y soldados y las del capitán César– que se retiraron de inmediato. Sí que parece que fueron incendiadas algunas casas por el rey de Joló, aliado de los españoles; NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 339-341. Por su parte el Marqués de Ayerbe matiza que en ese dilema de dinamitar San Antonio o mantenerlo preparándolo para la defensa, se optó por la segunda opción por dictamen de Gabriel de Magallanes, comandante de artillería, contra el parecer del maestre de campo, el marqués de Villamediana. Lamentablemente cuando se iba a producir el traslado de las piezas determinadas los ingleses efectuaron el desembarco. AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 35, 37-38.

nas que tratan este suceso. En el curso del operativo zozobró una de las lanchas participantes, lo que dejó su armamento parcialmente inutilizado, entre el que se encontraba un cañón de á diez y ocho, mientras que las 200 fuerzas participantes se lanzaron al mar cuando el agua les cubría hasta la altura del pecho, con los fusiles y cacerinas sobre su cabeza. En esas circunstancias, de haber recibido una agresión habrían estado impedidos para repelerla. Martínez de Zúñiga explica que el alto mando prefirió no arriesgar en el momento del desembarco por ser pocos los efectivos de que se disponían para la defensa de la muralla⁶⁷. Por el contrario, monseñor Rojo prefirió ordenar una salida justo después, cuando ya los ingleses tenían bajo control la Polvorista, el convento de Malate, la Ermita, la iglesia de Santiago y la de San Juan de Bagumbayan. La acción se desarrolló por la noche y corrió a cargo de dos piquetes de indígenas comandados por Baltasar de Cosar y Bernardo de Iliberri pero las fuerzas chocaron contra la fusilería enemiga, que rechazó el ataque desde la iglesia de Santiago⁶⁸. Las bajas según Castro fueron de “cincuenta blancos, i trescientos pampangos flecheros”⁶⁹.

Draper remitió varias embajadas para intimar a la rendición mientras la tropa cavaba trincheras cubierta con toldos o tapancos de esteras⁷⁰. El mismo 23 expidieron un comunicado imprecando a la lealtad de “indios y mestizos” prometiéndoles en caso de fidelidad la exoneración del tributo y la libertad de culto⁷¹. El 24 de septiembre los baluartes de San Diego y San Andrés abrieron fuego con escaso acierto.

En ese mismo día entró la galera *Santa Gertrudis* en la bahía de Manila, ignorante del estado de sitio de Manila. Los ingleses cuando se apercebieron enviaron una fragata ligera y cuatro chalupas para capturarla. La

⁶⁷ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 605.

⁶⁸ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 103. Ayerbe otorga cincuenta hombres a esta fuerza: AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 38.

⁶⁹ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 604. APAF, leg. 234, f. 93v. El nombre de Cosar es aportación de Castro. Molina cuantifica el número de los atacantes hispanofilipinos en dos compañías de cincuenta hombres, sin indicar la fuente: MOLINA, *Historia de Filipinas*, I, 159.

⁷⁰ APAF, leg. 234, f. 94r. Castro lamenta la inacción española mientras los ingleses se establecían en frente de la muralla.

⁷¹ Una copia en NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 342; MOLINA, *Historia de Filipinas*, I, 159.

galera había sido despachada por *El Filipino*, galeón que acababa de llegar de Acapulco a Filipinas y que se encontraba entonces en Palapag. Previamente la galera había sido enviada desde Manila, junto con otra nave, para buscar y ayudar en caso necesario al galeón. Por tanto fue apresada cuando llegaba para dar noticia del arribo del galeón después de varar entre Tondo y Navotas⁷². Algunos de los pasajeros del *Santa Gertrudis* pudieron entrar en Manila e informar al arzobispo de que *El Filipino* estaba en Palapag (el resto fueron apresados, entre ellos el sobrino del arzobispo, Antonio Sánchez Tagle). Rojo dispuso que se advirtiese al galeón para poner la plata a salvo. Con la captura de la galera⁷³ los ingleses supieron de la llegada de *El Filipino* y esa misma noche, sin perder tiempo, dispusieron en su búsqueda al navío *Panther*, de sesenta y cuatro cañones, y a la fragata *Argos*, de treinta, y un navío⁷⁴. Pero en su lugar el 30 de octubre capturaron el galeón *Santísima Trinidad* que, aunque había salido de Cavite el 1 de agosto de 1762 bajo las órdenes del general Francisco Millán, tras sufrir varias tormentas que lo habían desarbolado, había decidido regresar al punto de partida cuando estaba a la altura de las Marianas. Los ingleses rindieron el galeón después de un breve enfrentamiento en el que destacó en la defensa española el segundo piloto Valverde. El valor de lo requisado por los ingleses alcanzó los dos millones de pesos. La incautación arruinó a “muchas familias, iglesias, obras pías, caudales del rey y de la patria”⁷⁵. Entre los prisioneros se encontraban el oidor Pedro Calderón y también los agustinos Juan Gutiérrez, rector de Valladolid, y Santiago Tobar, presidente del hospicio de México, con otros dos padres de la misma Orden que regresaban a la provincia de Michoacán en México, además de otros miembros de diferentes religiones.

En ese mismo día 24, sin que sepamos exactamente cuándo, Miguel Braña impidió desde un pequeño fuerte levantado en Bancusay, el des-

⁷² AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 42; APAF, leg. 234, f. 93r.

⁷³ Con esta captura los ingleses se hicieron con 30.000 pesos en dinero y alhajas: NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 343. Molina rebaja la cifra a 3.000 pesos y se refiere a la *Santa Gertrudis*, sin nombrarla con este nombre, como un sampán chino: MOLINA, *Historia de Filipinas*, I, 159.

⁷⁴ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 607. MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 15.

⁷⁵ APAF, leg. 234, f. 106rv.

embarco de cuatro barcas en ese punto al abrir fuego con dos cañonazos⁷⁶. Los ingleses no lo intentarían más por esa banda. La noche de ese día los españoles dispusieron una ofensiva para expulsar a los ingleses de las iglesias en que se habían atrincherado. El ataque fue dirigido por el francés César Fallet (en otras fuentes es referido como suizo) y contó con cobertura artillera sobre la iglesia de Santiago. La fuerza estaba compuesta de cincuenta fusileros de tropa reglada, varios milicianos, dos cañones de a cuatro con sus artilleros respectivos y ochocientos naturales con lanzas. La acción duró toda la noche. Fallet terminó parapetándose en la iglesia de San Juan de Bagumbayan desde donde disparó sobre la de Santiago⁷⁷.

A las nueve de la mañana del día siguiente los españoles pudieron replegarse gracias a los refuerzos de dos compañías de quinientos tagalos comandados por el capitán del regimiento Pedro Iriarte⁷⁸. Draper exigió una nueva rendición en ese mismo día. La junta de Guerra convocada al efecto, encabezada por el arzobispo gobernador la rechazó taxativamente⁷⁹.

⁷⁶ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 12-13.

⁷⁷ Leandro de Viana indica que los cañones utilizados por esta fuerza eran de a seis y que dispararon desde el cementerio de Bagumbayan: NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 344. Ayerbe informa de que las compañías participantes eran dos de 50 soldados dirigidas por Fallet y Busto. Llevaban lanzas, fusiles y dos cañones de á ocho: AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 44-45.

⁷⁸ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 608-609. MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 16; el dato de Iriarte y el número de tagalos se aporta en NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 344. AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 46. Este autor afirma que, además de Iriarte, salió de la plaza Fernando de Araya, que trató de apoderarse de las casas de piedra más próximas pero que hubo de desistir por el intenso fuego inglés.

⁷⁹ MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 16. NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 345-346 (texto de Leandro de Viana): integraban la junta el arzobispo gobernador, los ministros de la Real Audiencia (Francisco Enríquez de Villacorta, Manuel Galbán y Ventura, Simón de Anda y Salazar y Francisco Leandro de Viana); el maestre de campo y gobernador de la guarnición (marqués de Villamediana); Martín de Goicocoa, sargento mayor del regimiento del rey; Cristóbal de Ros, sargento mayor de la plaza; por la ciudad el marqués de Monte Castro y Llana Hermosa, Leandro Rodríguez Varela, alcalde ordinario; José Antonio Memije y Quirós, alguacil mayor; Antonio Díaz Conde, alcalde provincial de Hermandad; Alberto Jacinto Reyes, contador; y Fernando Carabeo, oficial real. La opinión de Navarro sobre la falta de información de esta junta en la página 346 nota 1; AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 47.

En la noche del 25 se abrió fuego intenso sobre las posiciones inglesas dejando sobre ellas varios cadáveres, como se pudo apreciar al amanecer del día siguiente⁸⁰. El fiscal Leandro Viana se encargó de preparar el almacenamiento de víveres para hacer frente al sitio y de comunicarse con los alcaldes de las provincias vecinas y procuradores de los conventos, de donde se envió abundante arroz y otras vituallas. Parece que el gobernador desechó la advertencia de Viana de confiar la dirección de la milicia a los sargentos mayores de Manila y Cavite⁸¹.

El día 26 de septiembre amaneció con la nave capitana de la escuadra cañoneando el baluarte de la Fundición y la almiranta la muralla de la marina con balas de 12 y 24⁸². La artillería naval inglesa obtuvo en la jornada escasa efectividad: unos proyectiles caían en el mar y otros sobrevolaban la ciudad rompiendo algunas tejas de iglesias y casas.

A las ocho de la mañana del 27 un grupo de indígenas y mestizos, posiblemente en torno a mil quinientos⁸³, sin tener órdenes expresas para ello, como refiere Martínez de Zúñiga, hicieron una salida contra las posiciones inglesas. Aunque consiguieron expulsar a varios de los enemigos de los puestos más avanzados tuvieron que replegarse por la llegada de trescientos fusileros y ante el aviso desde el baluarte de San Andrés de que dejaran espacio abierto para la artillería. En este momento de confusión se produjo uno de los episodios más polémicos. Mientras todo esto ocurría salió de las líneas de los invasores un oficial inglés con bandera blanca, acompañado de un sujeto vestido de negro, que resultó ser el sobrino del arzobispo, capturado en el *Santa Gertrudis*, y un tambor tocando a llamada. La idea de la pequeña comitiva era entregar al familiar de monseñor Rojo como gesto de buena voluntad. Cesó entonces la artillería pero las tropas filipinas se abalanzaron sobre los que portaban la bandera blanca. En la acción resultaron muertos y mutilados el oficial y el tambor, mientras que el sobrino

⁸⁰ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 609. Montero, que como en tantas otras cosas, sigue en esto a Martínez de Zúñiga, afirma que “se recogieron algunos fusiles, y los muertos, no habiéndoles retirado el enemigo, fueron sepultados en el vientre de las zorras y de los perros famélicos que abundaban en gran número, y que en poco tiempo los devoraban a la vista de todos los soldados que estaban en las murallas”: MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 18.

⁸¹ *Ibid.*, II, 17.

⁸² NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 347.

⁸³ Dato en MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 349.

del arzobispo, que intentó interponerse entre los atacantes, cayó gravemente falleciendo a los pocos días⁸⁴.

Al día siguiente Draper exigió la entrega de la cabeza del oficial inglés, que los atacantes se habían llevado consigo, porque en caso contrario entregaría las cabezas de todos los prisioneros capturados. Monseñor Rojo presentó sus disculpas, gestionó la entrega de lo exigido y responsabilizó a los cipayos por lo sucedido, por no haber cesado el fuego mientras los ingleses avanzaban con bandera blanca⁸⁵.

El mismo 27 se instalaron los dos únicos morteros que había en la plaza. Parece que en la instalación tuvo un papel importante el agustino Juan Facundo Acosta. Este religioso, que como se ha dicho había sido ingeniero antes que fraile, fue destinado inicialmente por el arzobispo gobernador a la fortaleza de Santiago, pero después, al concentrarse el teatro de operaciones en el otro extremo de la ciudad, fue trasladado al baluarte de la Fundición. Sin que sepamos cuándo, según Navarro en vista del desorden allí existente, regresó al Convento, pero sin dejar de acudir con frecuencia allí para exhortar a la defensa. El agustino -según indica en un informe- amonestó al capitán Magallanes en relación con la utilización de los morteros que tenía la plaza, pues “aunque eran chicos (eran de seis pulgadas), se podían desalojar al enemigo de sus huroneras y sacarlo al blanco de nuestra artillería”⁸⁶.

La tarde del 28 de septiembre un navío abrió fuego con su artillería desde la playa durante un largo rato. En este día se concedió una potestad mayor a nivel directivo y ejecutivo en la defensa de Manila al sargento mayor de Cavite, Francisco Rodríguez, recién llegado a la ciudad, y al propio sargento mayor de Manila, Cristóbal Ros, en contra del maestre de Campo, el marqués de Villamediana, hombre mayor y de escasa pericia militar. Para evitar un desaire se dejó a este último como consejero de monseñor Rojo. El arzobispo convocó en su palacio a todos los miembros de las órdenes religiosas que pudiesen tomar las armas. Acudieron casi todos y cada uno recibió una comisión en la defensa⁸⁷. Sabemos que el agustino Braña, por orden del gobernador, a las diez de la noche, tomó

⁸⁴ *Ibid.*, 609-610.

⁸⁵ *Ibid.*, 610-611.

⁸⁶ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 348.

⁸⁷ *Ibid.*, 350-351.

quinientos hombres: trescientos para la defensa de la plaza y otros doscientos para cubrir el paso o calzada de Malosac, punto por el que el inglés trataba de tomar camino para asaltar Manila y donde el religioso estuvo hasta las cinco de la mañana⁸⁸.

En los días restantes de septiembre los ingleses intensificaron sus bombardeos sobre Manila. Sumaron a la batería y tres morteros que tenían emplazados detrás de la iglesia de Santiago, otra batería con otros tres morteros. Además, el 29, las naves capitana (Norflok) y almiranta (Grafton) hicieron fuego sobre la ciudad, pero sin efectividad: unas balas quedaban en la playa y otras sobrevolaban la ciudad⁸⁹. Los defensores respondieron ubicando dos morteros en el baluarte de San Diego⁹⁰.

El 1 de octubre la caballería acantonada en Manila realizó una salida para tratar de apresar los pertrechos de varias chalupas y un champán que habían zozobrado el día anterior, haciendo objetivo preferente una bombardera, con sus amarras, en la playa de Pasay. Al llegar al objetivo fueron repelidos por fusileros que salieron del cuartel de Malate. En el segundo día del mes de octubre los atacantes ingleses concentraron su fuego en el baluarte de San Diego. Al amanecer se intensificó sobre ese punto el fuego de una batería de ocho cañones de á veinticuatro, de tal modo que a las diez de la mañana el parapeto “estaba en tierra”, como observa Martínez de Zúñiga⁹¹. También dirigieron allí sus proyectiles nueve morteros de diferentes milímetros y dos barcos desde el lado de la marina. A este bombardeo se sumó, no en igual intensidad pero sí generando mucha molestia, la fusilería de la torre de la iglesia de Santiago, desde donde se “veya todo lo que pasaba en la ciudad y tiraba a toda su satisfacción contra los que defendían”⁹². Las bajas españolas en el parapeto fueron de siete hombres

⁸⁸ *Ibid.*, 12-13.

⁸⁹ Antes de que esto aconteciese, según el marqués de Ayerbe, única fuente que lo cita, el día 29 de septiembre por la mañana salieron de Manila 500 indígenas encabezados por el arzobispo gobernador, ministros de la Audiencia y algunos vecinos, pero tuvieron que retirarse por el fuego inglés de la iglesia de Santiago. La duda surge al comprobar que este autor ubica este hecho el mismo día que la trágica entrega del sobrino del gobernador, sobre lo que se sabe que ocurrió claramente tres días antes. AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 48.

⁹⁰ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 611.

⁹¹ *Ibid.*, 612.

⁹² *Ibid.*, 613.

y veinte heridos⁹³. Los intentos españoles por eliminar el fuego de Santiago fueron nulos. Los disparos de la noche desmontaron la artillería ubicada en el bastión por lo que fue preciso abandonarlo.

El 3 de octubre se dispuso la acción ofensiva más importante de las efectuadas hasta el momento. En el interior de Manila había cerca de cinco mil filipinos llegados de provincias. De ellos se seleccionaron dos mil pampangos para hacer una salida. Fueron dispuestas tres columnas para intervenir en puntos diferentes: una primera, comandada por Francisco Rodríguez, tenía como objetivo la iglesia de Santiago; la segunda, encabezada por Santiago Orendaín, había de ocupar Malate y Ermita; y la tercera, por Eslava y Busto, tenía que desplazarse por la banda de mar sostenida por dos piquetes de fusileros. El griterío de todos ellos a la salida puso en sobre aviso al enemigo, con lo que se perdió el factor sorpresa. La columna de Rodríguez al entrar en el campo enemigo se mostró remolona, temerosa de seguir adelante, pero sus comandantes, y especialmente Manalastas, consiguieron ponerlos en movimiento⁹⁴. La tropa entró en la iglesia de Santiago, que los ingleses habían abandonado, subieron a la torre y repicaron las campanas. Pero este pequeño éxito duró muy poco, porque los ingleses cargaron al poco contra ellos poniéndoles en huida. La columna de Orendaín llegó en silencio por detrás de Ermita y entró en combate en griterío, generando una fuerte confusión en el enemigo⁹⁵. Aun así los ingleses pudieron hacer fuego con diligencia sobre los pampangos acabando con doscientos de ellos. La tercera columna no obtuvo beneficio ni pérdida alguna. Parece que durante la acción muchos fusileros que habían ayudado a los pampangos se retiraron antes de que finalizase la ofensiva. Muchos de estos últimos al percatarse de la falta de cobertura acudieron a pedir fusiles⁹⁶. Fue uno de los peores momentos de descon-

⁹³ *Ibid.*

⁹⁴ De Manalastas observa Castro que “hizo prodigios de valor con su lanza”: APAF, leg. 234, f. 94r.

⁹⁵ Según Draper: “*Had their skill or weapons equal to their strength and ferocity, it might have cost us dear. Althoug armed chiefly with bows, arrows, and lances, they advanced up to the very muzzles of our pieces, repeated their assaults, and died like wild beasts, gnawing the bayonets*”: ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 4.

⁹⁶ “Es imposible el sentimiento que causó a todos el ver clamar a los indios por fusiles, y a los oficiales contra la retirada de los soldados, y en fin, no se podía ver sin dolor el desconcierto y contrariedad de Ordenes, que inutilizó la idea de los pampangos de desalojar y

cierto, un error estratégico imperdonable que no merecían para nada los valerosos pampangos, que se intentó solucionar trantando de abrir fuego desde la muralla: desde el perímetro del baluarte de Recoletos a la Puerta Real. Después de la acción muchos de estos filipinos, especialmente pampangos, decepcionados con los españoles, regresaron a sus provincias⁹⁷.

A esta ofensiva siguió un recrudecimiento del fuego artillero inglés. El baluarte de San Diego perdió todo el frontal y el terraplén con las ruinas cegando el foso. Además al mediodía una nueva batería comenzó a disparar sobre los baluartes de San Andrés y San Eugenio. Fue tan intenso el fuego de estas piezas que en dos horas desmontó los cañones de los flancos, destrozó los parapetos y acabó con varios fusileros y trabajadores. De nada sirvieron los dos intentos que siguieron por levantar nuevos parapetos con vigas y sacos de arena, pues fueron reventados por el fuego inglés⁹⁸.

En la tarde del 3 de octubre monseñor Rojo convocó Consejo de Guerra. Asistieron mandos militares, la Real Audiencia, los diputados de la ciudad, los comerciantes más caracterizados y los prelados de las Religiones. Los militares eran del parecer de que se capitulase, mientras que el resto quería continuar la defensa manteniendo la reparación de bastiones y zanjas. Se optó por la segunda opción, tal y como narra Martínez de Zúñiga: “se dio orden de hacer estos preparativos, pero no se puso en excepción, porque los pocos dichos indios, que habían quedado, no querían trabajar en estas obras peligrosas, y los Españoles no estaban enseñados a este género de fatigas”⁹⁹.

El día 4 Martínez de Zúñiga relata “comenzaron los enemigos a embiar carcasas a la plaza, pusieron fuego a algunos edificios, y los Soldados,

derrotar al enemigo, como seguramente lo hubieran conseguido en otras circunstancias, pues son tan valientes y atrevidos”: NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 355.

⁹⁷ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 613-615.

⁹⁸ *Ibid.*, 615-616. Montero y Vidal copia la información de Martínez de Zúñiga casi con literalidad: MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 23. Este autor añade que los ingleses fracasaron en su intento de desembarcar en Tondo por vientos huracanados y fuego lanzado desde Santiago.

⁹⁹ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 616-617. Parece que en el Consejo la voz del marqués de Monte Castro fue la que prevaleció para anular los intentos de rendición. BLAIR-ROBERTSON, *The Philippine Islands*, XLIX, 124; AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 56-57; MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 23-24, reproduce documento en nota 1 de la p. 24.

y havitantes de Manila se hallaban ya en una grande costernación”. Fallet intentó pedir la capitulación pero fue desoído. A la una de la tarde se divisó en frente de la plaza la llegada de granaderos en un frente muy amplio lo que hizo temer la inminencia del asalto. Muchos vecinos y religiosos cuando comprendieron que no se valoraba la opción de capitular determinaron salir de la ciudad. La abandonaron fácilmente por la puerta del parían porque la guardia del lugar, compuesta de vecindario de la capital, no lo impidió. Finalmente los ingleses se retiraron. En la noche del día 4 “fue horrible el fuego del enemigo” –son palabras del mismo historiador agustino– tanto de cañones, como de morteros como de fusilería de la iglesia de Santiago, hasta las dos de la mañana en que cesó¹⁰⁰. Durante el 4 abandonó la ciudad el oidor Simón de Anda como teniente gobernador y con la comisión de organizar a la población nativa frente a los invasores.

El martes 5 de octubre de 1762 en torno a cuarenta franceses allanaron el foso de San Diego con las ruinas del baluarte y dieron la señal al resto de la fuerza¹⁰¹. A las seis de la mañana las fuerzas inglesas avanzaron sobre el baluarte. Cuatrocientos hombres comandados por el mayor Russell escalaron la brecha con el fusil a las espaldas sin encontrar resistencia, con el único temor de dar con alguna mina. Según Agustín María de Castro el día del asalto no había ningún español en la muralla. La mayoría había huido presa de un gran pánico –“como si no fueran españoles” matiza– al punto de la entrada del enemigo en la ciudad. Algunos se arrojaron fuera de las murallas, por estar cerradas las puertas, mientras que otros saltaron al río, muriendo varios de ellos ahogados en él¹⁰². Una vez dentro

¹⁰⁰ “...desde el principio del asedio habían tirado más de veinte mil balas, cinco mil bombas, y veinte y cinco carcasas que arruinaron muchos edificios de la ciudad, y la pusieron fuego por cinco sitios diferentes. No parece sino que los ingleses para dar más esplendor y realce a su conquista, quisieron emplear tanta pólvora y bala, pues mucho menos bastaba para tomar una plaza, que solo estaba provista para defenderse de las naciones asiáticas, y no de las Europeas”: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 618-619.

¹⁰¹ Castro indica que participaron en esta primera operación franceses y malabares. APAF, leg. 234, f. 94r. Montero y Vidal, siguiendo a los dominicos Ferrando y Fonseca, responsabiliza a Fallet de facilitar la entrada de los ingleses por la Fundación. MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 27. Zaide informa de que el asalto comenzó encabezada por una columna suicida dirigida por el teniente Russell: ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 5.

¹⁰² APAF, leg. 234, ff. 92v-93r.

Russell envió a la mitad de sus fuerzas por la cortina de la marina, y a la otra mitad en dirección a la puerta real donde se enfrentó con la guardia que los custodiaba. En la lucha el mayor Moore perdió la vida por causa de un flechazo, mientras que los defensores perdieron al sargento mayor Martín de Goicocoa, vizcaíno, encargado de ese puesto, al cabo de artillería Raimundo Luely, al piloto irlandés Raymond Kelly, además de dos capitanes, dos subalternos, cincuenta soldados de tropa arreglada y treinta milicianos¹⁰³ (los ingleses estimaron las bajas españolas en novecientos cuarenta y uno, mientras que las fuentes españolas las reducían a ochenta y cinco y trescientos filipinos muertos y cuatrocientos heridos¹⁰⁴). Según Castro, todo –asalto, últimos enfrentamientos y rendición de Santiago– había acontecido en menos de tres horas¹⁰⁵.

Una vez despejado el acceso, Draper pudo entrar a continuación por la puerta real precedido por dos cañones de campaña. La fuerza progresó por la calle real haciendo fuego mientras dos columnas avanzaban por la muralla rodeando los edificios de la ciudad¹⁰⁶. Según Martínez de Zúñiga los ingleses dispararon sobre los manileños indefensos que habían saltado al río produciendo una gran carnicería¹⁰⁷.

Monseñor Rojo se había retirado a la fuerza de Santiago con los oidores, oficiales y el resto de las fuerzas defensoras. Aunque disponía de un cañón con el que podía barrer la calle real y obstaculizar el avance de los asaltantes ordenó que no se utilizase para evitar posibles represalias por los ingleses¹⁰⁸. El coronel Monson, a instancias de Draper, conminó al

¹⁰³ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 625. Los nombres citados son mencionados en APAF, leg. 234, ff. 92v-93r (Castro confunde al piloto como holandés e irlandés). También referido en ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 5-6.

¹⁰⁴ MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 35; ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 7. El arzobispo calculó en su memoria las bajas del enemigo durante el sitio en torno a “más de mil hombres, de cuyo número diez y seis eran oficiales”: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 624; Draper, por su parte, rebajó la cifra a treinta y seis muertos, incluyendo seis oficiales y ciento once heridos: ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 6.

¹⁰⁵ APAF, leg. 234, f. 94v.

¹⁰⁶ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 602-621.

¹⁰⁷ *Ibid.*, 622.

¹⁰⁸ Zaide explica que durante el asedio la mayor parte de las fuerzas de Santiago desertaron y que únicamente se quedó su comandante francés M. Pingon, que servía bajo bandera española, un adjunto y un artillero: ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 6.

gobernador a la rendición¹⁰⁹. Rojo presentó unas capitulaciones que no le fueron aceptadas, por lo que no tuvo más remedio que rendirse al verse expuesto a la amenaza de nuevas hostilidades. El arzobispo salió de Santiago acompañado del maestro de campo. Allí mismo entregó las capitulaciones, que se reducían a la seguridad y respeto de vidas y habitantes y haciendas, el libre ejercicio de la religión, la libertad de comercio e industria, la continuidad de la Real Audiencia para administrar justicia, y el reconocimiento de grados y honores militares de los jefes de la guarnición española¹¹⁰. Los ingleses conferenciaron sobre los puntos entregados por Rojo y respondieron aceptando algunas concesiones e incluyendo la sujeción al rey de Inglaterra. Monseñor Rojo, los oidores y los ingleses firmaron el acta de capitulación. Después de ser admitidas el arzobispo entregó las llaves del castillo y los ingleses izaron su pabellón en lo alto de la fuerza, lo que fue respondido por estruendosas salvas por los barcos de la bahía¹¹¹.

VI. CAPITULACIÓN Y SAQUEO DE MANILA

Después de la capitulación el brigadier general, excusándose en las leyes de la guerra, dio licencia a su tropa para saquear la ciudad por espacio de tres horas. Previamente el arzobispo Rojo había conseguido del mando inglés el establecimiento de una guardia en las monjas de Santa Clara y colegios de mujeres. Hechas estas disposiciones los soldados, la

¹⁰⁹ Según Castro en la fuerza de Santiago los invasores mataron a “ciento de los nuestros que la defendían”: APAF, leg. 234, f. 94v.

¹¹⁰ De esta manera relata Castro el episodio de la rendición: “...dicho señor arzobispo, con la mayor imprudencia se salió del castillo [Santiago], sin decir nada a nadie, y con las llaves en la mano se arrodilló y rindió al comandante inglés dicho [Draper], pidiendo de palabra vidas, haciendas y la Religión Católica, sin esperar más firmas ni solemnidades, concediéndoselo todo de palabra al inglés, y con esto entregó las llaves de la fortaleza, y con ellas las islas Filipinas, la libertad, la fama y la honra española”: APAF, leg. 234, f. 95r. Martínez de Zúñiga varía un poco esta versión al relatar que monseñor Rojo “se quiso poner de rodillas y, impidiéndolo el inglés, le dixo que se daba por vencido, le puso en la mano el papel, en que tenía escritas las capitulaciones”: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 623; MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 29.

¹¹¹ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 624.

mayor parte de ellos embriagados, realizaron todo tipo de pillaje, violaciones, violencia y robo, en el que participaron conjuntamente chinos y presidiarios a quienes se había dado la libertad imprudentemente. Por si fuera poco, algunos de los filipinos que habían venido de provincias para la defensa y que se encontraban en los barrios de Binondo, Santa Cruz y otros, según Martínez de Zúñiga, también perpetraron muchos estragos¹¹².

Aunque se había concedido un saqueo por espacio de tres horas, según distintas fuentes, se extendió por mucho más tiempo, llegando a las cuarenta horas. Martínez de Zúñiga explica que de hecho continuaba al día siguiente por más de veinticuatro horas, y que Draper sólo intercedió a ruegos de monseñor Rojo para ordenar su cese. El alto mando inglés llegó a castigar algunos excesos ahorcando a varios de los responsables, entre ellos chinos. También instó a que se devolviese a las iglesias lo robado, pero sólo se consiguieron algunas casullas que habían tomado los cipayos, con las que se habían vestido con mofa y subido a la muralla¹¹³. Los españoles denunciaron haber perdido en el saqueo más de un millón de pesos, de los cuales sólo se recuperarían 26.623 pesos¹¹⁴. También sufrieron el saqueo los

¹¹² “Aunque verdaderamente no hay que quejarse mucho de los soldados ingleses, pues fueron bastante comedidos, respecto a lo que suele suceder en semejantes casos. Los indios fueron mucho peores, que ellos, por que les declaraban, en donde se hallaban las riquezas de sus amos: para que les diesen a ellos alguna parte. La Chusma, que salió de Manila, los que vivían en los arrabales, y los presos de las cárceles, que los ingleses tubieron la imprudencia de soltar, se esparcieron por todas las casas de Santa Cruz, y Binondoc, y como si ellos fuesen los vencedores, las saqueaban, mataban a quantos los resistían, estupraban mugeres, y hacían otras muchas violencias, pero donde se exercitaron con mas su crueldad, fue en los caminos en una infinidad de gentes, que huyan sin saber por que, y caían en manos de aquellos foragidos, que los mataban para robarlos”: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 626. También en APAF, leg. 234, f. 103r. “Y así todos confiesan que fueron más los estragos que hicieron los indios y sangleyes que los mismos ingleses”.

¹¹³ *Ibid.*, 626-627.

¹¹⁴ ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 7. Castro informa de que el saqueo supuso dos millones de pesos: APAF, leg. 234, f. 94v. Ayerbe lo relata del siguiente modo: “A pesar de las promesas hechas por el general Draper al Gobernador Arzobispo y demás personajes de la ciudad y del comercio, lo mismo fue entrar los ingleses en la ciudad de Manila que comenzar el saqueo. En las casas particulares nada dejaron de valor, inutilizando lo que no querían llevarse; cometieron mil atrocidades, atropellando muchas mujeres. En el convento de Santo Domingo cortaron la cabeza e imagen de la Virgen del Rosario, tirándola al suelo. De las demás iglesias se llevaron todos los cálices, patenas y or-

barrios de Santa Cruz y Binondo en donde los ingleses arruinaron más de cuatrocientos inmuebles aparte de quemar numerosas casas de recreo situadas en las riberas del Pasig por Santa Cruz¹¹⁵.

El convento de San Agustín de Manila, como el resto de las casas de otras comunidades religiosas, fue objeto de esta primera en el saqueo que siguió a la toma de Manila los días 5 y 6 de octubre¹¹⁶. Resultó un error imperdonable que en el defensorio provincial convocado con carácter de urgencia por el P. Espineira cuando llegaron los ingleses no se aprobase sacar la totalidad del tesoro del convento fuera de la capital¹¹⁷; sólo una parte del oro y las piedras finas fueron puestas a salvo gracias a que el P. Miguel Vivas lo trasladó a la Pampanga¹¹⁸. Parece que la comunidad había ocultado algunas alhajas pero los asaltantes encontraron muchas de ellas. Después del 5 de octubre el gobierno inglés dispuso un retén de centinelas franceses en el convento, pero varios soldados malabares y cipayos eludieron la vigilancia y robaron lo que pudieron. El resto del mes y pico siguiente los frailes quedaron bajo mayor control, como presos en su propio convento, y con enormes restricciones para salir de él¹¹⁹. No obstante, lo peor aún estaba por llegar para el convento a la espera de los decretos de embargo de 3 de noviembre y 8 de diciembre.

Por otra parte los ocupantes realizaron ejecuciones sumarias sin contemplación. Aquellos que eran sorprendidos con pólvora, plomo u otros pertrechos eran pasados por las armas. El propio Agustín María de Castro

namentos, poniéndose estos en son de burla, amarrando las colas de los caballos con las estolas de culto. Los archivos de la Audiencia, secretaría, oficinas de la Real Hacienda, así como muchas casas particulares, fueron quemados, ayudando a todo esto con gran celo mucha parte de los criados de servir de los españoles y todos los indios que habían venido a defender la ciudad”: AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 66-67.

¹¹⁵ *Ibid.*, 73.

¹¹⁶ Los dominicos sufrieron el saqueo del convento de Manila, cuyas pérdidas se tasaron en 32.000 duros. También perdieron su casa-hacienda de Navotas, y el convento de San Juan del Monte: MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 72; FERNÁNDEZ, Pablo, *Dominicos donde nace el sol. (Historia de la provincia del Smo Rosario de la sagrada orden de predicadores)*, Barcelona 1958, 281-284.

¹¹⁷ RODRÍGUEZ-ÁLVAREZ, *Al servicio del Evangelio*, 181.

¹¹⁸ MERINO, “El convento agustiniano de San Pablo de Manila”, 113-117. En estas páginas Agustín María de Castro realiza un listado de lo saqueado.

¹¹⁹ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 638. Este autor explica que esta medida era una manera de presionar a los frailes para que entregasen la plata.

contempló algunas de estas ejecuciones: "... el inglés ahorcaba a muchísimos sin proceso ni papel sellado, como lo vi varias veces en esta plaza ya perdida, donde me mantuve por algunos meses, y no necesitaban horca, pues desde cualquier reja de ventana los colgaban a racimos como plátanos"¹²⁰.

El día 6 de octubre, de acuerdo con las capitulaciones los ingleses se dispusieron a tomar el puerto de Cavite y su fuerte de San Felipe. Su castellano, Pedro Iriarte se mostró partidario de defenderlo. No obstante tuvo que ceder ante la comisión enviada por el arzobispo, dirigida por el sargento mayor, para rendir la plaza porque los ingleses habían amenazado con matar a todos los españoles en caso contrario¹²¹. De tal manera que el capitán Kempenfelt, oficial de Cornish¹²², y sus hombres entraron en Cavite "sin constarles un solo tiro"¹²³, todo ello mientras la tropa abandonaba sus puestos, los naturales saqueaban el arsenal y el castellano huía en una embarcación.

Otra de las derivadas de las capitulaciones consistió en la exigencia de entrega de la soberanía de la totalidad de las islas así como de cuatro millones de pesos, una cifra altísima, más onerosa si cabe después de haber padecido un sitio y un saqueo impune¹²⁴. Los españoles de Manila hubieron de prometer aportar dos millones al contado indicando que los otros dos los libraría en Madrid el Tesoro Real¹²⁵.

A pesar de los enormes esfuerzos para acopiar la cantidad comprometida no se consiguió llegar ni siquiera al millón de pesos. Después de

¹²⁰ APAF, leg. 234, f. 109v.

¹²¹ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 627.

¹²² ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 6.

¹²³ APAF, leg. 234, f. 94v.

¹²⁴ Al respecto y sobre Monseñor Rojo observa Martínez de Zúñiga "sólo una falta cometió su Ilustrísima en esta guerra, que fue el prometer a los ingleses los quatro millones, y entregarles las islas, huviera sido mejor entregarse a discrepción, que con unas condiciones tan duras, y fuera de lo que alcanzaba su poder. Pero es de advertir que las aceptó con el cuchillo en la garganta, y que los Españoles, que estaban en su compañía, firmaron los mismos tratados": MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 676-677. Montero y Vidal concluye que Rojo fue más "imbécil que traidor": MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 67.

¹²⁵ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 646. Los ingleses amenazaron con saquear la ciudad por segunda vez si no se entregaban los dos millones de pesos. Parece que se salvó de ello por el compromiso del arzobispo por obtener una libranza contra el Real Tesoro de Madrid.

que monseñor Rojo hubiese recurrido a toda la plata de las obras pías, las alhajas de las iglesias, y la propia plata de su propiedad (anillos y pectorales) parece que sólo se pudo sumar la cantidad de 546.000 pesos¹²⁶. El arzobispo prometió entregar los aproximadamente tres millones y medio restantes de los fondos del Tesoro Real, algo impracticable. Por otra parte, se consideraba que las cantidades ya conseguidas por los ingleses superaban la cantidad de cuatro millones de pesos, pues ahí deberían haberse contabilizado, aparte de la cantidad pagada por Rojo, el dinero de que el arzobispo estimó en más de un millón de pesos saqueado por los soldados de Draper, junto con los dos millones del valor de la carga del *Santísima Trinidad*. Los ingleses nunca quisieron contabilizar estas ganancias entre los cuatro millones exigidos en la capitulación, por lo que el arzobispo ofreció los caudales que traía *El Filipino* en el caso de que no hubiese sido capturado por los ingleses. Para calmarles mandó al marqués de Villamediana y al de Monte Castro para que tomasen los caudales que había sacado de la ciudad un oficial real antes de la caída de Manila con dirección a La Laguna (111.000 pesos)¹²⁷. Los franciscanos obligaron al oficial a llevar ese dinero a la Pampanga. Armaron a sus feligreses y dispusieron portadores para llevar el dinero hasta las misiones de Ituy, entre Pampanga, Cagayan y Pangasinan¹²⁸.

En relación al segundo punto el 23 de octubre el arzobispo y otros españoles principales (militares y personas destacadas) congregados en una junta firmaron la cesión de las islas –según Martínez de Zúñiga– “amenazados de las espadas de los ingleses”¹²⁹. Entre los que no firmaron estaban Leandro de Viana y el superior del convento de San Agustín, el P. Calchetas (el provincial Espineira estaba fuera de Manila¹³⁰). Igualmente otros como César Fallet o el español Luis Sandoval rechazaron cualquier

¹²⁶ La cantidad la cifra: *Ibid.*, 628. MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 33. AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 71. Este autor dice que no se llegó a recaudar más que 700.000 pesos. En relación con este punto, Castro nos informa de que los vecinos y las distintas Religiones ofrecieron setecientas talegas de las obras pías por miedo a las amenazas: APAF, leg. 234, f. 95v.

¹²⁷ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 629.

¹²⁸ *Ibid.*, 630; MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 34; CRUIKSHANK, Bruce, “The british Occupation of Manila”, 10, (Academia Edu, 1705.2015).

¹²⁹ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 632.

¹³⁰ RODRÍGUEZ-ÁLVAREZ, *Al servicio del Evangelio*, 180.

colaboración. La entrega fue algo más teórica que real, pues pronto en las provincias se fue organizando la resistencia para evitarlo¹³¹.

Draper intentó mediante una serie de gestos tratar de asentar el incipiente dominio. De modo similar al bando del 24 de septiembre, el 7 de octubre volvió a solicitar la colaboración y reconocimiento del rey Jorge III por parte de indígenas y mestizos a cambio de la protección y la exención del tributo¹³². Después permitió volver a los religiosos a conventos, intentó atraerse a los religiosos.

Después de la captura de Manila, la Compañía de las Indias Orientales, que había financiado la expedición, se encargó de la administración de los asuntos filipinos. El 2 de noviembre de 1763 Dawsonne Drake, miembro de alto rango del Consejo de Madrás de la Compañía, fue nombrado gobernador de Filipinas. Para su asistencia se formó un congreso integrado por cuatro personas: John L. Smith, Claud Russel, Henry Brooke y Samuel Johnson.

El gobierno de Drake en Manila estuvo lastrado por los constantes enfrentamientos con los mandos militares, lo que aún laminó más su acción. No tuvo buenas relaciones con ninguno de los agentes principales que habían dirigido la ocupación de Manila, ni con el general Draper, que abandonó el archipiélago el 12 de noviembre de 1762, ni con el almirante Cornish, que siguió al anterior el 1 de marzo de 1763, ni con los principales oficiales británicos (el capitán Backhouse, el mayor Felt o el capitán Breton)¹³³.

Por lo que respecta a las comunidades religiosas, después de la entrada de los ingleses en Manila intentaron hacer frente o acoplarse a la nueva situación. Parece que antes de la caída de la ciudad los superiores de las Órdenes, entre ellos el de agustinos Espineira, abandonaron la plaza y que sólo el de los jesuitas regresó más tarde¹³⁴. Rojo, una vez instalados

¹³¹ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 632.

¹³² AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 39-40.

¹³³ ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 9. Después de la guerra fue condenado por sobornos, apropiación indebida de fondos públicos e incumplimiento de las órdenes de la Compañía. Como resultado, se le conmutó la deportación a Inglaterra por su degradación. Drake fue de los que se enriqueció con el saqueo de Manila. Entre sus expolios había cuadros españoles de gran valor.

¹³⁴ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 274-275. Montero, como antes hizo Castro, mantiene en su obra la censura contra los sacerdotes de la Compañía. De acuerdo con este

los ingleses en Manila, escribió a los superiores de las Órdenes para que no abandonasen sus conventos, que dejasen en ellos como mínimo una comunidad de seis religiosos para mantener la vida de comunidad, y para que aceptasen al rey de Inglaterra como soberano¹³⁵.

VII. LA GUERRA EN LAS PROVINCIAS: LA COLABORACIÓN AGUSTINIANA

Agustín María de Castro informa de que el provincial Espineira, que se encontraba en la Pampanga, se negó a responder el pregón público que le exigía regresar a Manila. Esta falta de colaboración con el invasor fue el motivo por el que sus religiosos fueron declarados traidores y por el que se actuó contra ellos con extrema contundencia. El primer objeto de este castigo fue la casa matriz de los agustinos en Filipinas, el convento de San Agustín, sobre el que se actuaría en breve con varias disposiciones de embargo; el segundo los propios frailes, razón por la que fueron perseguidos, deportados o asesinados durante el conflicto¹³⁶.

La razón del castigo de las autoridades inglesas contra los agustinos fue por la fidelidad y leal colaboración que mostraron desde el principio al gobierno que Simón de Anda estaba organizando en Bulacán, provincia de administración precisamente de la Orden de San Agustín. Simón de Anda había abandonado Manila el 4 de octubre, un día antes a su toma por los ingleses, con el nombramiento de visitador de las provincias para mantenerlas en la obediencia a la corona. Salió de la ciudad con un abogado, un escribano y con 170 talegas y cuarenta pliegos de papel se-

autor una vez que comenzó la ocupación inglesa las corporaciones religiosas, los comerciantes, los magistrados y el ayuntamiento mantuvieron una actitud digna, todos excepto la Compañía de Jesús, “en cuya casa-colegio arbolaron la bandera inglesa, pasándose inicuamente al bando de los enemigos de la patria, y manteniendo después con ellos la mejor armonía y tratos ilícitos”: MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 36.

¹³⁵ CRUIKSHANK, “The british occupation of Manila”, 7. Los escritos son de 10 y 29 de octubre: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 631.

¹³⁶ “Cogiéndole los Yngleses en donde venían Padres de las demás Religiones, solo a los Agustinos prendieron, y se los llevaron para Bombain, y a los demás dexaron y no les hicieron nada”: APAF, leg. 234, f. 98r.

llado¹³⁷. Estando en Bulacán al día siguiente recibió la noticia de la caída de la capital y de que el arzobispo y la Real Audiencia habían caído prisioneros de los invasores¹³⁸. Anda convocó inmediatamente una junta a la que acudieron el P. Remigio Hernández, que hacía los oficios de provincial en ausencia de Espineira, el ex provincial Martín de Aguirre, el alcalde mayor de la provincia, José Pasvarin y otros religiosos agustinos y españoles de la provincia, junto con otras autoridades indígenas. Comunicó a todos la providencia que de acuerdo con las circunstancias de la guerra y las leyes de Indias¹³⁹, al faltar el resto de oidores y estar preso el gobernador, recaían en su persona los cargos de gobernador, capitán general y juez visitador de todas las provincias¹⁴⁰. Los agustinos fueron por tanto los primeros religiosos en reconocerlo.

Remigio Hernández expidió una comunicación a todos los ministros para que explicasen a sus feligreses la obligación que tenían de reconocer a Simón de Anda y Salazar como único gobernador general de las islas¹⁴¹.

¹³⁷ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 14 (memoria de fray José Victoria); MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 634; MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 38.

¹³⁸ APAF, leg. 234, ff. 96r y 97r.

¹³⁹ MOLINA, *Historia de Filipinas*, I, 163. El ejercicio del poder por Simón de Anda generó una profunda controversia con el arzobispo Rojo. Anda justificó su desempeño apelando a las leyes de Indias, en decretos promulgados en 1620 y 1629 (leyes LVII, LVIII y CLXXX del título XV, libro II de la *Recopilación de las leyes de Indias*). Dichas provisiones determinaban que si el gobernador no pudiese ejercer como tal, por incapacidad, fallecimiento o ausencia, el gobierno del archipiélago debía recaer en la Real Audiencia. Como desde el 5 de octubre de 1762 el único miembro de la Audiencia en libertad era Simón de Anda –Galbán y Villacorta estaban en manos de los ingleses– a él le correspondía ejercer como gobernador y Audiencia. Este razonamiento, esgrimido por el alavés, sobre el papel únicamente legalizaba su acción como Audiencia, pero no estrictamente como gobernador. De acuerdo con decretos posteriormente emanados a los citados por Anda, concretamente en los años 1720, 1731 y 1761, el ejercicio del gobierno del archipiélago correspondía en ausencia del gobernador, después del arzobispo, al obispo de Cebú o al de Nueva Segovia (entonces, Miguel Lino de Ezpeleta y Manuel de Ustáriz consecutivamente). Por tanto era a uno de estos dos a quien legítimamente habría correspondido dicha responsabilidad, si bien no consta que ninguno de ellos lo reclamase. ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 11. Anda siempre desautorizó todas las acciones de monseñor Rojo.

¹⁴⁰ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 635-636; MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 38.

¹⁴¹ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 14.

Para Eduardo Navarro, el P. Hernández fue “el alma del levantamiento en masa de toda la provincia de Bulacán y en parte del de la Pampanga”¹⁴². Los ingleses pusieron precio a su cabeza en 5.000 pesos, como habían hecho con Simón de Anda previamente¹⁴³.

Servían los agustinos entonces veintiuna parroquias en Pampanga de veintiséis que había en total, y diez de diez y seis en Bulacán. La mayoría por tanto de ambas provincias de lo que para Castro era el “centro y corazón de las islas”¹⁴⁴. Fue en estas dos provincias donde comenzó a organizarse la resistencia¹⁴⁵. De hecho las primeras armas después de la toma de Manila que llegaron a Bulacán las habían enviado los agustinos en unos momentos precisamente en los que había una terrible escasez de pertrechos de guerra. Según Victoria, Anda únicamente disponía de cuatro falconetes, un cañón de a cuatro y cuatro cañones de pequeño tamaño de a dos que habían sido enviados por Miguel Braña, quien los había puesto a resguardo de los ingleses enterrándolos en la huerta del ministerio de Tondo¹⁴⁶. Fray José Victoria explica en su memorial que los agustinos encontraron muchas reticencias en los pampangos por las bajas que habían sufrido en el sitio de Manila y porque consideraban que los españoles les habían traicionado en el desastroso ataque sobre las posiciones inglesas. Por este motivo, los naturales de esta provincia se mostraron renuentes incluso a reconocer la autoridad de Simón de Anda y desconfiaron de los españoles. En la labor de convencimiento y captación sobresalió el definidor Sebastián Moreno, vicario provincial precisamente en Pampanga¹⁴⁷.

Anda se desplazó a Bacolor y comenzó a crear las primeras compañías de voluntarios con los bulaqueños y pampangueños recién llegados¹⁴⁸. Con el tiempo también llegaron en torno a doscientos desertores franceses que habían estado en las filas inglesas. Lentamente se fueron formando unidades de infantería, caballería y de arqueros. Eran dirigidas por mandos filipinos, como el mariscal de campo Francisco de San Juan o el coro-

¹⁴² *Ibid.*, 16.

¹⁴³ *Ibid.*

¹⁴⁴ APAF, leg. 234, f. 97v.

¹⁴⁵ *Ibid.*, f. 96r.

¹⁴⁶ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 22.

¹⁴⁷ *Ibid.*, 15.

¹⁴⁸ APAF, leg. 234, f. 101v.

nel Santos de los Ángeles¹⁴⁹. Anda contó también con una guardia personal de lanceros. Su objetivo fue evitar que los ingleses dominasen el resto de las provincias e interceptar los suministros de las provincias, especialmente desde La Laguna. José Pedro Busto fue uno de sus militares más capacitados. Este asturiano se convirtió en un azote de las partidas inglesas en la guerra de guerrillas que se practicó en los primeros momentos. Busto había participado activamente en la defensa de Manila. Acudió a la ciudad desde Angat con los trabajadores que tenía empleados en las minas de hierro de esa ciudad¹⁵⁰.

Existen varios frailes que adquirieron gran notoriedad en las tareas de la resistencia y ayuda a Simón de Anda. Quizá los más representativos fueron Miguel Braña y Facundo Acosta. El primero, que había tenido un rol destacado en las murallas de Manila durante el sitio, creó y dirigió fábricas de pólvora, a cuyo frente se pusieron los igualmente los agustinos Eugenio Garrido, párroco de San Miguel de Mayumo (Bulacán) y Agustín María de Castro, predicador de San Agustín¹⁵¹. Acosta también levantó estacadas, fuertes y excavó fosos en la Pampanga¹⁵². Braña, definidor y prior de Tondo, destacó en las tareas de logística y por ser nombrado intendente de tropa por Simón de Anda. Durante y después del sitio de Manila remitió vacas, arroz, trigo, y ropas para las tropas. En sus acciones dispuso centinelas para vigilar los pasos de los ingleses, gracias a lo cual pudo en ocasiones anticiparse a sus pasos, como ocurrió con la captura del llamado maestre de campo Lana en Balantong (Quingua) comprometido con los ingleses¹⁵³. Braña actuando como procurador general, y en respuesta a las peticiones del provincial, recaudó tres mil pesos de plata para ayudar a Anda¹⁵⁴.

Acosta y Braña son dos nombres destacados entre otros tantos menos conocidos. Todos los frailes de Bulacán contribuyeron en las tareas de fortificación de la provincia y la cabecera cerrando barras de los ríos con estacadas, disponiendo obstáculos por los puntos por donde podía acceder

¹⁴⁹ ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 12.

¹⁵⁰ *Ibid.*, 11.

¹⁵¹ APAF, leg. 234, f. 101v; MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 39.

¹⁵² NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 22.

¹⁵³ *Ibid.*, I, 28.

¹⁵⁴ Según relata fray José Victoria con esta plata “se remedió toda la necesidad grave que padecía vuestro gobernador y capitán general para el pago de la gente”: *Ibid.*, 21-22.

el enemigo. Otros tantos religiosos buscaron en los arrabales de Tondo plomo, piedras y fusiles para enviar a la resistencia como atestiguan recibos y cartas de agradecimiento que en su momento custodió fray Antonio de San Próspero, prior de Tambobong. En tareas de enfermería destacó fray Juan Galbán en el convento de Quingua. Este religioso actuó como capellán y enfermero de los heridos en la batalla de Malinta¹⁵⁵. Victoria relata que los agustinos aportaron cuantas armas tenían, e incluso pesas de los relojes para hacer balas y hojas de los libros para cartuchos¹⁵⁶.

En Ilocos se conocen agradecimientos de las autoridades para fray Francisco Maldonado, prior de Laoag, y otros para Visayas¹⁵⁷. En Iloilo el agustino Bartolomé Pillado, párroco de Tigbauan, adelantó plata, recaudada entre los religiosos de la Orden y donativos de arroz para socorrer los presidios de Zamboanga, para el que había sido nombrado Pedro Francisco Janse, Dapitan, Misamis y Calamianes, todos ellos con escasos medios y con sus soldados sin cobrar el sueldo¹⁵⁸.

En la isla de Panay varios agustinos abortaron una conspiración del alcalde Quintanilla y los ingleses, a quienes tenía previsto entregar la provincia. Los párrocos Tadeo de la Consolación, de Cápiz, y Francisco de Valenzuela, de Panay, congregaron a otros ministros y principales de la localidad y expusieron la información que tenían sobre las intenciones del alcalde. Todos apresaron a Quintanilla y lo encerraron en el calabozo de la fuerza de Capiz. Los frailes dieron el bastón de mando al maestro Barle, cura de Aclán¹⁵⁹.

En Cebú frailes de la Orden colaboraron en la pacificación de una rebelión en la que se aclamó como rey al principal Tupas. Relata Castro que los agustinos trabajaron por la paz “metiéndose por las lanzas de los alzados” y proclamando como verdadero rey a Carlos III. Parece que Tupas, según Victoria, entró en razón y puso fin a este alboroto¹⁶⁰. Castro

¹⁵⁵ APAF, leg. 234, f. 100r.

¹⁵⁶ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 22. Se cita aquí el caso del agustino Diego Noguero, que había sido el primer misionero en Buhay, que remitió una botella de pólvora. Para el caso de la colaboración franciscana puede consultarse PÉREZ, Lorenzo, *Labor patriótica de los franciscanos en el Extremo Oriente*, Madrid 1929, 92-110.

¹⁵⁷ APAF, leg. 234, ff. 100v-101r.

¹⁵⁸ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 36.

¹⁵⁹ APAF, leg. 234, f. 113r.

¹⁶⁰ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 35.

concede un especial protagonismo al alcalde Labayen, quien contó con la asistencia de los agustinos para sofocar a varios revoltosos¹⁶¹.

Las fuentes agustinianas denuncian inactividad en las labores de defensa en Bulacán y Pampanga en las primeras semanas de la guerra. Parece que Anda y Salazar –de acuerdo con Victoria– encomendó al definidor agustino Miguel Braña la dirección de los comandantes de las fuerzas conseguidas en Bulacán y Pampanga, la primera según la misma fuente conseguida para la “defensa de estos dominios”¹⁶². Braña recibió 500 pesos y arroz para el gasto de los mil hombres que se consiguieron reclutar, mientras que los agustinos concurren con las vacas necesarias para el abasto de la tropa.

Se reunió un consejo militar, o de guerra, para la dirección de las operaciones, orientadas en un primer momento a hostilizar el suministro de víveres a los ingleses y a impedir las comunicaciones con otras provincias. El consejo estaba formado por el propio Anda y Salazar, los religiosos agustinos, el alcalde mayor de la provincia y algunos capitanes indígenas. Se determinó, para cumplir el objetivo enunciado, destinar efectivos a los puntos de Malinta y Maysilo para amenazar los suministros de Manila. Los mil soldados acaudillados por Braña y liderados por sus respectivos jefes locales ocuparon posiciones en los puntos asignados: quinientos tagalos se acantonaron en Malinta, en casa propiedad de los agustinos; y quinientos pampangos en Maysilo, perteneciente a la Compañía de Jesús (ambos puntos en todo caso dependían de Tondo). Desde estos enclaves las fuerzas tagalas y pampangas obstaculizaron el avituallamiento de Manila. Braña intentó acopiar más hombres y puso en aviso otras localidades próximas, cometido en el que destacó el agustino fray Vicente Pérez¹⁶³. Este religioso, en su labor de vigilancia, reprendió al maestro de campo por las carencias que encontró al visitar a la tropa pampanga, de la que faltaban varios oficiales que se habían marchado sin notificar su ausencia. La protesta fue trasladada por el P. Braña a Simón de Anda en Quingua, donde se encontraba entonces.

El conglomerado tagalo-pampango, aunque bisoño, no tardó en entrar en acción. En poco tiempo los ingleses intentaron despejar Maysilo,

¹⁶¹ APAF, leg. 234, f. 113r.

¹⁶² NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 18.

¹⁶³ *Ibid.*, I, 19-20.

pero en el enfrentamiento los tagalos, a pesar de la retirada pampanga, pudieron conservar las posiciones y expulsar a los atacantes¹⁶⁴. Acción para la que sólo habían contado con un fusil, flechas, machetes y lanzas. La entente de las principalías pampanga, criolla y tagala fue crucial para el mantenimiento del dominio hispánico¹⁶⁵.

La primera acción inglesa después de las tomas de Manila y Cavite se proyectó sobre el pueblo de Pasig, de administración agustiniana. Esta localidad fue objetivo por su carácter estratégico y comercial en su comunicación hacia la gran laguna de Bay. Pasig facilitaba el paso a los víveres procedentes de la Laguna. El pueblo había sido preparado para la defensa, con tropa y cañones con gastos erogados por el convento, a cuyo frente estaba el lector agustino Juan Bernaola y el español Andrés Blanco. La columna inglesa estaba compuesta por quinientos hombres comandados por Thomas Backhouse. El 8 de noviembre atacaron Pasig por la mano izquierda en donde recibieron fuego de una milicia de cagayanes dirigida por Busto¹⁶⁶. Los ingleses respondieron y los de Busto se replegaron a Mariquina. De este modo quedó expedito el acceso a la población. Backhouse intimó a la rendición pero el gobernadorcillo al frente la rechazó. Los ingleses comenzaron entonces el ataque abriendo fuego con dos cañones de campaña. El sonido de la artillería precipitó a los defensores en su huida, muchos de los cuales se atropellaron en el puente y cayeron al río. Entre los prisioneros se encontraba el rey de Joló, que había huido previamente de Manila¹⁶⁷. Según Victoria los ingleses habían accedido a Pasig por tierra y agua y habían contado con el apoyo de muchos naturales a través de algunos parroquianos de los jesuitas¹⁶⁸. Pasig permaneció en manos inglesas hasta el final de la guerra. Backhouse tomó más adelante Caintay y Taytay, en donde dejó una guarnición de cipayos¹⁶⁹.

Más adelante, cuando se tuvo noticia de la llegada de *El Filipino*, Backhouse reinició su campaña en esta área. Los filipinos de Taguig trataron de

¹⁶⁴ *Ibid.*, I, 20. MOLINA, *Historia de Filipinas*, I, 167.

¹⁶⁵ JOAQUIN, Nick, *Culture and History*, Anv Pub. C., Pasig City 2003, 594.

¹⁶⁶ Ayerbe informa de que en las acciones de Busto se le unió Antonio del Villar, vecino de Manila con quince cagayanes: AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 87.

¹⁶⁷ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 639-640.

¹⁶⁸ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 17.

¹⁶⁹ ZAIDE, *Philippine political and cultural History*, II, 13.

obstaculizar su avance por la laguna hundiendo sus embarcaciones, pero no pudieron evitar el desplazamiento de los invasores. Backhouse se encontró una fiera resistencia en Pagsanjan. Después de someterla tras un duro combate incendió la localidad para dirigirse a continuación a Batangas. En Lipa tuvo conocimiento de que los caudales de *El Filipino* habían llegado a Simón de Anda. Saqueó el pueblo, administrado por los agustinos, y regresó a Pasig¹⁷⁰. Algunos partidarios de los ingleses asesinaron al P. Francisco Hierro, párroco de San Pablo de los Montes, y al P. Andrés Enríquez, ministro de Tanauan¹⁷¹. En Tayabas también resultó muerto el agustino Miguel Arias¹⁷².

Los ingleses intentaron levantar a varios colectivos de las provincias tratando minar la defensa española. Fue, entre otros, el caso de la comunidad china. Los invasores ya tenían el apoyo de este colectivo después de la toma de Manila. Los chinos del parían colaboraron con importante sostén económico y como tropa auxiliar. Después buscaron el del resto del archipiélago. Es el caso de lo que ocurrió en el pueblo de Guagua (Pampanga), de administración agustiniana, donde los ingleses proyectaron –según Castro– dar cobertura desde Sesmoan y Lubao a una insurrección¹⁷³. Tras la caída de Manila habían convergido al nutrido parían de Guagua numerosos sangleyes –nombre con el que se conocía a los chinos en Filipinas– de distintos puntos del territorio. Sus líderes más destacados prepararon una rebelión para el 24 de diciembre de 1762, en la víspera de la Navidad. Mientras se celebraban los oficios los rebeldes deberían acabar con la vida de los ministros españoles, el gobernador y los principales filipinos. Pero el plan se truncó porque un filipino escuchó el complot en una conversación entre un sangley y una mestiza a la que pretendía, y se lo comunicó al agustino P. Fabián Astorga, entonces misionero en San José de la Pampanga, quien a su vez se lo comunicó a Simón de Anda y Salazar¹⁷⁴.

¹⁷⁰ *Ibid.*, 13. Castro explica que en Batangas, Lipa, San Pablo y Taal “pasaron robando, matando, quemando y poniendo presos a todos los frailes Agustinos”: APAF, leg. 234, f. 98rv.

¹⁷¹ *Ibid.*, f. 112v; MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 649. Este autor acusa del asesinato del ministro de Tanauan a una cuadrilla de salteadores dirigida por el “rey Flaco”: JORDE PÉREZ, Elviro, *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas*, Establecimiento tipográfico del Colegio de Santo Tomás, Manila 1901, 244, 282.

¹⁷² APAF, leg. 234, f. 112v.

¹⁷³ *Ibid.*, f. 108v.

¹⁷⁴ Martínez de Zúñiga explica que la información se transmitió al agustino Sales: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 652.

El gobernador no perdió tiempo y partió de México, donde se encontraba, con trescientos hombres hacia Bacolor. En este pueblo conferenció con el vicario provincial agustino Sebastián Moreno. Al día siguiente de este encuentro tomó la dirección del vecino Guagua, donde los sangleyes estaban en armas (Castro estima que eran doscientos)¹⁷⁵. Desde la distancia dispararon al propio Anda errando el tiro. El gobernador comisionó a los agustinos Moreno y Acosta para que mediasen ante los alzados, pero estos ni siquiera les dejaron entrar¹⁷⁶. Simón de Anda desoyó el consejo de Moreno de prender el parían pero accedió a su propuesta de convocar más hombres de los pueblos vecinos para el asalto. En el intervalo se retiraron a Bacolor. A la llegada de los refuerzos comenzó el ataque al día siguiente. Los últimos insurrectos se parapetaron en la iglesia y el convento en que fueron reducidos. A continuación fueron juzgados y ejecutados sumariamente¹⁷⁷.

Entre los agustinos participantes en las operaciones de la defensa fue Miguel Braña quien alcanzó el mayor rango legal. Simón de Anda le nombró intendente en jefe con quinientos hombres a su cargo. Tenía potestad para levantar bandera, alistar, formar compañías, nombrar oficiales y dirigir el batallón.

El 18 de enero de 1763 los ingleses dispusieron una expedición a Malolos. Embarcaron en Manila en diez naves cuatrocientos ingleses, trescientos negros malabares, dos mil chinos colaboracionistas. Las fuerzas estaban comandadas por el capitán de granaderos Sleigh¹⁷⁸. Al día si-

¹⁷⁵ APAF, leg. 234, f. 108v.

¹⁷⁶ *Ibid.* Castro, sin aportar nombres, numera a cuatro agustinos presentes en los sucesos.

¹⁷⁷ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 24-25. Castro explica que “cogieron como ciento y setenta vivos, y llevándolos presos a Bacolor, los degollaron a todos, i murieron impenitentes, sin querer arrepentirse, ni recibir sacramento alguno por más que los frailes les predicaron. Se remitieron despachos y órdenes a todas las provincias obedientes, para que matasen a todos los chinos que en ellas huviese como de facto se executó así con especial gusto i provecho de los alcaldes i de los naturales”: APAF, leg. 234, ff. 108v-109r. MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 652-653. Por el contrario a la creencia, que han trasmitido algunas fuentes españolas de la época, incluidas las agustinianas, hubo chinos que colaboraron con el gobierno español contra los ingleses: FLANNERY, “The Seven Year’s War and the Globalization of Anglo-Iberian Imperial Entanglement” (chapter 12).

¹⁷⁸ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 643.

guiente accedieron por la barra de Pumarau, después de haber fallado en hacerlo por la barra de Bioangan. El 19 alcanzaron Malolos. Las escasas fuerzas dispuestas para su defensa salieron en estampida, los naturales a sus casas y los españoles al convento de Calumpit. Victoria afirma que permanecieron allí varios días y que recibieron un hostigamiento mínimo¹⁷⁹. De acuerdo con él, durante varios días se valieron de espías –chinos y mestizos– para tratar de valorar la disposición y tamaño de las fuerzas españolas y acometerlas.

Los ingleses continuaron sus operaciones tomando ahora dirección a Bulacán. Busto observó el desplazamiento y entendió que la defensa de Bulacán no frenaría a los atacantes. Se apresuró por llegar a Bulacán e intentó convencer a los mandos de la defensa –el alcalde mayor y un agustino recoleto– de la inutilidad de resistir el ataque y de que debían quemar el convento en que estaba acantonada la tropa y huir. No consiguió nada y se marchó. Los ingleses no tardaron en llegar a la marcha de Busto.

La escasa tropa española se había parapetado en el convento e iglesia de Bulacán (entonces cabecera de la provincia del mismo nombre), a escasos kilómetros. Para la defensa, que se centraba en la referida iglesia y convento, se habían dispuesto varios baluartes de caña en los cuatro ángulos del patio. Cada uno de ellos se levantaba con palmas como a una altura de tres varas. También se levantó otro en la sacristía, que miraba al lado opuesto del patio, y se dispusieron falconetes en las ventanas del convento. El convento contaba con tres pequeños cañones y seis falconetes, pero la mayor parte de las armas eran las lanzas y flechas portadas por los naturales¹⁸⁰. Las fuerzas españolas estaban integradas –según información aportada por Agustín María de Castro– por diez y nueve españoles, trescientos indios, un cañón de calibre sin determinar, seis falconetes y tres arrobas y media de pólvora¹⁸¹. José Victoria matiza algo más y señala que la tropa estaba dirigida por el “alcalde mayor capitán a guerra”, el teniente general Francisco Cavada (otras veces se escribe Cábaos), con una compañía de treinta españoles entre fusileros y artilleros, un capitán general o condestable, y cuatro compañías de bulaqueños. Por falta de espacio en el interior de la iglesia y convento se quedaron fuera el francés Francisco

¹⁷⁹ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 26.

¹⁸⁰ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 642.

¹⁸¹ APAF, leg. 234, f. 99r.

de Bretania (o Bretaña) y doce soldados, José de Busto con algunos españoles y ocho cagayanes, y los quinientos del intendente Braña, que aunque estaba destinado en el sitio de Maysilo había sido convocado para Bulacán¹⁸².

La fuerza de Bulacán, por encima de las diferencias aportadas por las fuentes, era en todo caso pequeña frente a los efectivos ingleses procedentes de Malolos. Localizadas las unidades hispanofilipinas los ingleses salieron en filas de tres por el camino a Bulacán (“destrozando y quemando cuanto hallaban por el camino”)¹⁸³. Al llegar a Bulacán desplegaron artillería, fusiles y espingardas para abrir fuego. Los defensores utilizaron un cañón –de a cuatro– de que disponían con eficiencia, cargado de metralla. La pieza estaba servida por el vizcaíno Agustín Ibarra. Las fuentes agustinianas no se ponen de acuerdo sobre su ubicación. Para Castro estaba en la torre de la iglesia; para Victoria en una puerta de la iglesia o convento, y para Martínez de Zúñiga en una calle. En todo caso, todas ellas coinciden en que este cañón causó numerosas bajas en los sitiadores, hasta que una bala en la cabeza acabó con quien lo dirigía¹⁸⁴. El combate fue recrudeciéndose. El alcalde mayor Francisco Cavada y cerca de cien soldados cayeron en la refriega. Al acabarse la pólvora los últimos defensores pidieron cuartel al tiempo que muchos filipinos habían comenzado a desertar. Los ingleses rechazaron la petición y entraron a sangre y fuego en la iglesia. Degollaron a los que encontraron dentro. Aunque en un principio habían perdonado la vida al fraile agustino recoleto Agustín de San Antonio, cuando el religioso vio la escena agarró una espada y arremetió a caballo contra los ocupantes hasta que fue abatido¹⁸⁵. En este convento también resultó muerto el agustino José de Andrés, que hacía de capellán y enfermero¹⁸⁶.

¹⁸² NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 26.

¹⁸³ APAF, leg. 234, f. 99r.

¹⁸⁴ *Ibid.*, f. 99v. El dato del cañón de a cuatro está contenido en Victoria: NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 27, quien dice que una vez perdida su cabeza “aún sin ella anduvo algunos pasos como buscando su cañón”: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 644. Datos confusos, cambiando el nombre del artillero, en AYERBE, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, 97.

¹⁸⁵ Información en RUIZ, Licinio, *Sinopsis histórica de la provincia de San Nicolás de Tolentino de las islas Filipinas de la Orden de Agustinos Recoletos*, I, Tip. Pont. de la Universidad de Santo Tomás, Manila 1925, 59-64.

¹⁸⁶ APAF, leg. 234, f. 99rv. Agustín María de Castro informa de que los ingleses, por efecto del cañón, perdieron más de mil hombres. Victoria dice que el agustino Andrés fa-

Los ingleses dejaron un retén de cerca de trescientos hombres en Bulacán, la mayoría de ellos cipayos, mientras el resto retornó a Manila. Busto y Eslava sumaron nuevas fuerzas y formaron columnas volantes de en torno a doscientos hombres con las que practicaron algo parecido a la guerra de guerrillas para hostilizar a los ingleses. Fue lo máximo que pudieron conseguir porque los ocupantes mantuvieron Bulacán. Su comandante lanzó varias partidas en persecución de los oficiales españoles y participó personalmente en una de ellas en la que les puso en estampida, operación que efectuó hasta en dos ocasiones. Poco tiempo después los ingleses decidieron retirarse a Manila. A su salida quemaron el convento de Bulacán¹⁸⁷.

Según Agustín María de Castro pasadas las acciones inglesas de Malolos y Bulacán los ocupantes apenas hicieron salidas de la capital. Las más reseñables fueron las de la Loma y Malinta. En ambas experimentaron importantes pérdidas. Malinta era una hacienda agustiniana en la que los españoles habían establecido un acuartelamiento. En mayo de 1763 los ingleses proyectaron una ofensiva compuesta por quinientos blancos y mil chinos (datos aportados por Castro). Tras una marcha cautelosa llegaron al lugar y lo sometieron a fuego artillero ocasionando gran daño a los defensores, entre quienes había ciento veinte desertores franceses. En un momento del combate un artillero francés acertó en los barriles de pólvora del adversario produciendo una explosión increíble. El suceso obligó a los atacantes a desistir del ataque y replegarse. Este fue el momento en que los de Malinta salieron de sus posiciones y atacaron furiosamente al conglomerado inglés por los costados. Encabezaron el ataque los franceses

llegó justo después de administrar la penitencia al alcalde. Asimismo corrobora las mismas bajas que la anterior fuente mientras que señala que los defensores no perdieron más de ciento cincuenta: NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 27. Martínez de Zúñiga dice que dentro del convento había otro agustino que huyó y pudo salvar la vida. También que el que murió –sin citar su nombre– lo fue porque una vez apresado fue entregado a los chinos, quienes le mataron a lanzadas en el patio: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 644. JORDE, *Catálogo*, 301.

¹⁸⁷ Martínez de Zúñiga es muy crítico con las acciones de Busto y Eslava en Bulacán. Habla de que aunque congregaron una fuerza de ocho mil hombres y seis cientos caballos -números muy exagerados- no fueron capaces de obtener ningún éxito notable: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 645. Por su parte, Agustín María de Castro concluye que las acciones de Busto causaron tales dificultades que convencieron a los ingleses de desistir en una ofensiva sobre la Pampanga: APAF, leg. 234, f. 100r.

del señor Bretaña al que se unieron efectivos hispanofilipinos. Entre las bajas inglesas cayó un capitán del que se decía que era invencible¹⁸⁸.

Las fuerzas españolas y los aliados franceses persiguieron al enemigo en su retirada hacia Manila. Participaban en la operación la compañía de José Busto, y la de los capitanes Sandoval, Galindo, Espirós y Bernal más otros ochocientos blancos y negros. Los filipinos se encargaron de convertir la retirada inglesa en un infierno. Desde los bosques y los puntos más inesperados asaeteaban con sus flechas a la columna inglesa, que aunque se movía con orden padecía mucho en estos ataques. Muchos chinos portadores que iban en la retaguardia resultaron muertos. Para Agustín María de Castro este combate desistió a los ingleses de volver a plantearse ocupar otros puntos fuera de Manila:

*“Esta batalla aunque pequeña, nos valió mucho: porque ya nos comenzaron a tener respeto los ingleses; y jamás volvió a salir de la plaza ningún inglés, por miedo a nuestros comisarios i espías que mataban muchos, i sacaron tres odores de la plaza ocultamente, i otros personajes y los llevaban a la Pampanga, con otras mil fechurías largas de contar”*¹⁸⁹.

Después de la muerte del alcalde mayor de Bulacán, Simón de Anda designó para el cargo a Busto. El militar también recibió el nombramiento de teniente general, con el cometido de preparar un ejército en condiciones, adiestrado, disciplinado y entrenado en el manejo de las armas¹⁹⁰. Busto era sin duda la mano derecha de Anda y Salazar (en el parecer de Navarro los dos brazos)¹⁹¹.

Con los fondos de *El Filipino* Simón de Anda consiguió terminar de organizar sus fuerzas¹⁹². Gracias a ello, y otros que se habían venido consiguiendo por distintos medios, su teniente general Busto consiguió orga-

¹⁸⁸ *Ibid.*

¹⁸⁹ *Ibid.*

¹⁹⁰ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 646.

¹⁹¹ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 68.

¹⁹² *Ibid.*, I, 72, nota 1. Navarro cifra las riquezas que traía este galeón en 1.304.107 pesos. Los franciscanos desempeñaron un rol crucial en el traslado de este caudal hasta su entrega a Simón de Anda. Fue también fundamental la misión del filipino Francisco de San Juan, de Pagsanjan (La Laguna). Por sus méritos en esta guerra tiempo después sería nombrado alcalde mayor de Tayabas. Entre los agustinos que participaron en las tareas del tesoro real estuvieron Manuel Villalba, párroco de Arayat (Pampanga) y Pedro Martínez: *Ibid.*, I, 39.

nizar el cuartel general en Malinta, en la hacienda de los agustinos, a legua y media de Manila. Los oficiales se instalaban en la casa de la hacienda, que era de piedra, y los soldados en camarines. El resto de instalaciones defensivas y reductos fueron dispuestos por el capitán francés Bretaña, en el sentir de Martínez de Zúñiga, “el más inteligente al parecer de aquellas tropas”¹⁹³. Desde Malinta la fuerza hizo numerosas incursiones sobre los barrios extramuros de Manila, de tal manera que los ingleses dejaron de sentirse seguros. La más espectacular fue la que un piquete realizó una noche sobre Quiapo, para hacerse con las campanas de la iglesia para fundirlas como cañones. Los ingleses trataron de evitarlo enviando al lugar cien fusileros, cincuenta caballos y un número sin determinar de sangleyes. Ambas fuerzas se enzarzaron en un enfrentamiento durante una hora. Al final el piquete español pudo regresar victorioso con las campanas para fundirlas en su fundición de la Pampanga¹⁹⁴.

El 19 de mayo de 1763 Anda declaró a Drake, gobernador de los ingleses, y a sus consejeros como tiranos y ofreció 10.000 pesos por cada uno de ellos, vivos o muertos¹⁹⁵.

En junio de 1763 los españoles de Malinta habían conseguido una gran efectividad en el bloqueo sobre Manila. Los ingleses de la capital estaban comenzando a padecer serios problemas de abastecimiento. Si no querían quedar totalmente aislados se hacía imperiosa una salida para intentar despejar las comunicaciones próximas. El día 27 una columna compuesta por trescientos cincuenta fusileros, cincuenta caballos y numerosos chinos encargados de la conducción de la artillería y pertrechos partió hacia Malinta. Los españoles apenas tuvieron tiempo de divisar la columna cuando ya estaban recibiendo fuego artillero. Una vez formados respondieron con cinco cañones y fusilería, sosteniendo el intercambio de disparos hasta las once de la mañana. Ambas fuerzas se hostigaban divididas por el río Maysilo, sin cruzarlo. Al sufrir los ingleses el incendio de un barril de pólvora se replegaron ordenadamente a Maysilo. Busto decidió entonces quemar la casa de Malinta y salir hacia Meycauayan. Los ingleses regresaron a Manila¹⁹⁶. Hubo una acción posterior inglesa sobre el

¹⁹³ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 651.

¹⁹⁴ *Ibid.*, 651-652.

¹⁹⁵ MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 61; APAF, leg. 234, f. 99v.

¹⁹⁶ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 654. Refiere casi lo mismo MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 61-62.

pueblo de Orión para buscar víveres. Los españoles trataron de impedir todo tipo de abastecimiento¹⁹⁷. Anda trasladó más tarde su cuartel general a Polo desde donde tenía en jaque a los ingleses. Los ingleses cada vez realizaron menos incursiones desde Manila.

Según Castro “con las repetidas repulsas, que iba experimentando el enemigo; llegó a estar tan oprimido, que ya no era dueño de salir inglés alguno de esta plaza; y más parecían ya prisioneros en un presidio del Rey Católico, que soldados vencedores de la plaza: muchas hambres hubo y hubieran padecido muchas más si hubieran tenido menos arbitrios y ayudas de parte de los mismos vasallos del Rey Cathólico”.

VIII. LA REBELIÓN DE SILANG EN ILOCOS

Al mismo tiempo de la llegada de los ingleses a Filipinas y con el estímulo directo e indirecto estallaron otras insurrecciones en las islas. Nos detenemos en la promovida en Ilocos por Diego de Silang, por la importancia que tenía esta región para los agustinos: en ella regentaban más curatos que en ninguna otra, veintitrés en total¹⁹⁸.

Diego de Silang, criado de un clérigo secular filipino y conductor de correspondencia y despachos entre Ilocos y Manila, estaba en la capital de Filipinas poco antes de que los ingleses la asaltasen. Parece ser que al regreso a Ilocos, según Eduardo Navarro, tras haber intimado con el “perverso y traidor mestizo chino” Santiago Orendaín, de camino por los pueblos de Pangasinan intentó expandir las ideas de la insurrección entre parientes y amigos, especialmente con la ayuda de un tal López, tío suyo, intitulado *Maestre de Campo* de esta provincia. Prosiguió con la labor por distintas localidades de Ilocos y en su capital, Vigan. En la capital participó en una rebelión contra el alcalde mayor Antonio Zabala, personaje que levantaba mucha repulsa¹⁹⁹. En la acción confluyeron la principalía y tri-

¹⁹⁷ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 676.

¹⁹⁸ Para esta rebelión remitimos a la obra fundamental de: VIVAR SÁENZ, Pedro del, *Relación de los alzamientos de la ciudad de Vigan, Cabecera de la provincia de Ilocos, en los años de 1762 y 1763. Año de 1764*. Sobre esta rebelión véase PALANCO AGUADO, Fernando, “Diego Silang’s Revolt: A new approach”, en *Philippine Studies* 50 (2002) 512-537.

¹⁹⁹ Montero y Vidal habla de las prácticas corruptas de los alcaldes mayores citando la información de Vivar: MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 84.

bunales de la capital y otras poblaciones vecinas. Comenzó el 14 de diciembre de 1762 y terminó siendo encabezada por Diego Silang, que se convirtió en el líder indiscutible de la revuelta. Entre las peticiones de los alzados se encontraba la demanda de tener mayor libertad de comercio con otras provincias y la de la abolición del tributo. Temporalmente el bastón de mando fue entregado al cura de Vigan, Tomás Millán, pero poco después Silang se autonombró cabo superior del gobierno²⁰⁰. El cabecilla, declarado traidor por Anda, se puso bajo la autoridad de los ingleses, que mandaron una pequeña legación hasta Vigan para otorgarle el título de alcalde mayor a cambio del reconocimiento de la soberanía del rey Jorge.

El 25 de mayo de 1763 Silang mandó encarcelar a doce agustinos y al obispo después de haberles robado y embargado todo cuanto tenían. Silang primero había intentado deportarlos para entregarlos a los ingleses, pero después planificó su asesinato junto con el del obispo de Nueva Segovia Bernardo Ustáriz, dominico, quien a su vez excomulgó al rebelde²⁰¹. Les encerró en el convento de Bantay, muy próximo a Vigan, y organizó la ejecución llamando a varios infieles de la montaña (igorrotes), porque no encontró apoyo para ese acto entre sus vecinos, el asesinato de todos ellos a la señal convenida, que era el 28 de mayo de 1763 a las 15.15 de la tarde. No obstante, a la hora y el día indicados el mestizo de español Miguel Vicos, contando con la asistencia del capitán de infantería Pedro Buecbuec, disparó un trabucazo a Silang acabando con su vida y salvando la de los frailes y el prelado apresados en Bantay²⁰².

Pacificada parcialmente la provincia el obispo, actuando como teniente capitán general ordenó la restitución de lo expropiado a sus propietarios²⁰³. A continuación el obispo Ustáriz se desplazó a Pangasinan para asentar el dominio y dejó el mando al provisor y vicario general, Tomás Millán, quien a su vez hacía de alcalde. A su salida Vigan volvió a

²⁰⁰ APAF, leg. 234, f. 110 v.

²⁰¹ MARTÍNEZ NOVAL, *Apuntes históricos, Filipinas*, 195-196. Reproducción de la orden de prisión de varios agustinos con fecha 14 de mayo de 1763.

²⁰² Navarro reproduce una carta inédita del obispo Ustáriz introduciendo detalles muy interesantes sobre este suceso NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 30 nota 2.

²⁰³ Martínez de Zúñiga no es tan explícito en los detalles narrativos de la rebelión de Silang. Este autor agustino acota el levantamiento entre el 14 de diciembre de 1762 y el 28 de mayo del año siguiente: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 662. Un relato más detallado en MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 84-106.

insurreccionarse por estímulo de antiguos colaboradores mestizos y naturales antiguos colaboradores de Silang, acaudillados por el tío de este, Nicolás Cariño. Los revoltosos buscaron apoyo en las poblaciones vecinas amenazando con saquear sus haciendas y quemar sus casas en caso de no secundar el alzamiento. Este segundo levantamiento prendió en el sur de Ilocos, en pueblos mayoritarios de administración secular. Además de en Vigan, se unieron Santa Catalina de Baba, San Vicente, Santo Domingo y Lapog. La parte norte de Ilocos (Batac, Laoag y Paoay) no sólo no respondió a las incitaciones insurreccionales sino que, a instancias de los agustinos, armó un ejército de seis mil hombres.

En el entretiem po estallaron algunos disturbios en Cagayan por comisión de los hombres de Silang. Se centraron en Tugueragao y hacia el sur a instancias de Dabó y Juan Marayac²⁰⁴. Anda comisionó al área al alavés Manuel Ignacio de Arza y Urrutia con el título de teniente general y visitador de provincias. Partió, según Castro, con una fuerza de mil calingas (“nación de bárbaros, muy carnícera y que comen carne humana y beben la sangre”²⁰⁵), mil naturales, veinte españoles y doscientos pampangos. Se apoderaron en primer lugar de la fuerza de Santiago, contando con asistencia de los dominicos, y después derrotaron a los insurgentes tras negarse a los requerimientos para desarmarse²⁰⁶.

Después de estas acciones Arza tomó la dirección de Vigan contactando con los agustinos y su milicia. Los rebeldes fueron derrotados y muchos de ellos ejecutados sumariamente como la viuda de Silang, Gabriela, Sebastián Endaya, su escribano y teniente mayor y otros tantos cabecillas²⁰⁷. Según Victoria murieron más de mil de los alzados²⁰⁸.

Con la pacificación de Ilocos se celebró un *Te Deum* en Bacolor, la corte del señor Anda. Oficiaron tres agustinos, cantó la misa el P. Sebastián Moreno, vicario provincial y prior de Bacolor, como maestro de capilla ejerció el P. Manuel Soler, y como predicador, el lector jubilado Manuel Delgado, prior de Candaba. La provincia había quedado totalmente pacificada por octubre de 1763, labor que contribuyó a dejar asentada el nuevo alcalde mayor, José Pantoja²⁰⁹.

²⁰⁴ *Ibid.*, 111.

²⁰⁵ Navarro disiente de esta opinión: NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 86.

²⁰⁶ APAF, leg. 234, ff. 111v-112r.

²⁰⁷ *Ibid.*, f. 112r; NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 84-85.

²⁰⁸ *Ibid.*, 30.

²⁰⁹ APAF, leg. 234, f. 112r.

El último alzamiento que quedaba por sofocar era el de Pangasinan, que para Martínez de Zúñiga era el “más terco de todos”. Había comenzado el 3 de noviembre de 1762 en Binalatongan encabezada por Juan de la Cruz Palaris. Para someterlo se remitió al señor Arza con una tropa de tres mil ilocanos²¹⁰. Victoria afirma que contó la asistencia de cagayanes y dos mil ilocanos, asistidos por el agustino Francisco Maldonado, párroco de Candón, todos bajo la dirección del Agustín Bonardel²¹¹. La insurrección fue aplastada en diciembre de 1763, si bien tuvo ramificaciones hasta 1765²¹².

IX. GOBIERNO DE LA PROVINCIA AGUSTINIANA DE FILIPINAS DURANTE LA GUERRA

Ocupada Manila desde el 5 de octubre de 1762 el gobierno de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas se desplazó a las provincias de Tondo y Bulacán. La dirección, a cargo del provincial y sus definidores, se congregó fundamentalmente en los conventos de Quingua y en Malolos.

Después de la muerte del provincial Espineira el 21 de marzo de 1763 el nuevo gobierno provincial interino se constituyó en el convento de Santiago de Quingua (Bulacán) el día 13 de abril siguiente. En dicha jornada el provincial absoluto y rector interino, fray Pedro Velasco, convocó definitorio pleno al que acudieron el lector jubilado y ex provincial fray Juan Facundo Meseguer, ex provincial y provincial absoluto en lugar del rector provincial; el lector y presidente del capítulo pasado fray Remigio Hernández; y los definidores fray Miguel Braña (primer definidor), fray Sebastián Moreno (segundo) y el lector Mariano Alafont (tercero) definidor. Excusó su asistencia el cuarto definidor Gerónimo Noreña “por los graves peligros que se experimentan en el camino por las muchas espías que tiene esparcidas por todos los lugares los enemigos ingleses”. Completaban la junta el visitador y predicador Francisco Bencuchillo, y el predicador y ex visitador Antonio de León.

²¹⁰ *Ibid.*

²¹¹ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 31.

²¹² MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 663-664, 666-668; MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 77, 79-81.

En el encuentro se debatieron diversos pareceres de acuerdo con las constituciones de la orden y actas del general Belelli, que sirvieron para matizar algunos de los cargos antes de la convocatoria del capítulo. Se expuso con crudeza el estado de ruina de las haciendas de la provincia, el convento de Manila y los de las provincias de Tondo y Bulacán²¹³. El 15 de abril, pensando en la inminencia de la celebración del capítulo, un nuevo definitorio convocado en el mismo lugar y con la participación de los mismos frailes discurrió sobre el voto de los conventos de Manila y Parañaque por estar sus titulares prisioneros de los ingleses. Al efecto se resolvió que el priorato de Manila fuese ocupado por el lector, secretario de provincia y ex definidor Bernardo Suárez, y el correspondiente al convento de San Andrés de Parañaque, por el entonces vicario prior de Bigaa Bernardo de San Guillermo²¹⁴.

El capítulo finalmente se convocó el 16 de abril de 1763 en Quingua resultando elegido como provincial fray Remigio Hernández²¹⁵.

A nivel económico la guerra fue un desastre para la provincia y la dejó sumida en la pobreza. La llegada de la misión de treinta agustinos en *El Filipino*, salvados de milagro de ser capturados por los ingleses como el real haber, significó inesperados desembolsos. El primero el transporte desde Palapag (Samar), puerto en el que ancló en primer lugar el galeón, hasta Bulacán y Pampanga, lo que exigió contraer una deuda de 8.000 pesos. Una vez en tierra fueron acogidos por los franciscanos en su convento de Nueva Cáceres. Llegados por fin a Bulacán y después de ser recibidos por el definitorio privado congregado en Malolos el 29 de julio de 1763 se hizo pronto evidente la dificultad de asegurar su manutención²¹⁶.

²¹³ APAF, *Libro de Gobierno* 9, ff. 62r-64v.

²¹⁴ *Ibid.*, ff. 64v-67r.

²¹⁵ *Ibid.*, ff. 67v-68v. APARICIO LÓPEZ, Teófilo, *Misioneros y colonizadores en Filipinas*, Imprenta Agustiniiana, Valladolid 1965, 313-336.

²¹⁶ APAF, *Libro de Gobierno* 9, ff. 69r-71r. Convento de Nuestra Señora de la Concepción de Malolos, 29.07.1763. Definitorio privado. Remigio Hernández, rector provincial; Miguel Braña, definidor; Mariano Alafont, definidor. En este definitorio se recibió al presidente de la misión fray Domingo Gorosarri y se efectuó el pertinente interrogatorio sobre la edad, años de hábito y estudio, patria y estado de cada uno de los integrantes, para a continuación proceder a su aceptación formal en la provincia. Puede que ésta sea la única misión que fuese recibida fuera del convento de San Agustín de Manila durante todo el período español.

Por estas razones el gobierno provincial solicitó al señor Anda y Salazar medios para garantizarla.

Atendiendo a las circunstancias de estudio de los recién llegados se procedió a dividirlos en dos conventos: Lubao y Candaba, ambos en Pampanga. La mayoría de ellos, que aún no habían concluido los dos años de estudios de Teología, fueron destinados al convento de Lubao, teniendo por lector al P. José Franco y quedando bajo la dirección de fray Bernardo Suárez, recientemente nombrado prior del convento de Manila pero sin poder tomar evidentemente posesión física del mismo. Los estudiantes de Artes fueron asignados al convento de Candaba con el lector Manuel Delgado, también prior de la casa. Igualmente se remitió allí un “vicario lengua” (entendemos que para el estudio de alguna de las lenguas de las demarcaciones agustinianas sin que sepamos cuál concretamente). Lubao y Candaba contaron para su administración con la asistencia de un hermano lego como procurador. Igualmente se encargaba al lector Delgado que examinase a los estudiantes de Artes que hubiesen concluido la Filosofía para pasar a Lubao a estudiar Teología.

El defensorio confiaba en que el gobernador contribuyese con los gastos de manutención de los misioneros recién llegados. De no alcanzar esta ayuda se dejó abierta la posibilidad de que el procurador general pidiese “plata prestada”. El convento de Manila tendría la obligación de pagar las cantidades necesarias y la provincia en ayudarlo²¹⁷.

Durante el tiempo que duró la guerra, y especialmente tras la llegada de la misión en *El Filipino*, con la finalidad de restablecer la vida claustral el convento de Lubao hizo las funciones de San Agustín de Manila. Aunque Bernardo Suárez planteó las dificultades de la manutención y sostenimiento de la vida religiosa el gobierno de la provincia exigió estarse a lo determinado²¹⁸. Su prior Diego Noguero mantuvo en él las reglas canónicas, con el rezo de las mañanas en las horas establecidas, la celebración de misa rezada y por la tarde el rezo de maitines y vísperas en las horas que fijase su superior²¹⁹.

²¹⁷ *Ibid.*, f. 71rv. Convento de Nuestra Señora de la Concepción de Malolos, 29.07.1763. Defensorio privado. Remigio Hernández, rector provincial; Miguel Braña, definidor; Mariano Alafont, definidor.

²¹⁸ *Ibid.*, ff. 71v-72v. Convento de Nuestra Señora de la Concepción de Malolos, 8.08.1763. Defensorio privado. Remigio Hernández, rector provincial; Miguel Braña, definidor; Mariano Alafont, definidor.

²¹⁹ *Ibid.*

Los agustinos intentaron revivir la vida de la provincia, fuera de Manila, a pesar de las circunstancias excepcionales del país. Con Lubao como cabeza de la provincia se reglamentó la administración para poner a salvo los caudales propios. La plata de la provincia y los distintos papeles fueron custodiados, de acuerdo con las leyes propias, en una caja de tres llaves. Las dos llaves de la caja en que se almacenó la plata estuvieron en manos de los PP. Diego Pérez, prior de Quingua, y Domingo Beovide, prior de Bulacán. A su vez, dentro de la caja se depositó otra caja con las alhajas rescatadas del convento de Manila al cuidado de fray Manuel Corona, pero la llave de la misma quedó en el escritorio del rector provincial Remigio Hernández en el convento de Bulacán²²⁰.

Otra de las disposiciones aprobadas en este período fue el establecimiento de una enfermería en el convento de Apalit puesto a cargo de fray Nicolás Serra, religioso versado en farmacopea. El convento enfermería debería diligenciar la adquisición de los medicamentos que llegasen de Nueva España. La idea del establecimiento era atender a los frailes de Pampanga y la región de Tagalos, a las comunidades conventuales de Lubao y Candaba, pero también se pensó para los españoles que lo necesitasen²²¹.

La situación de guerra en Filipinas afectó al colegio de Valladolid. Fue suspendida la admisión de novicios hasta nueva orden por la imposibilidad de continuar con las obras como por la de fletar una misión. Ante la falta de medios para embarcar del rector y comisario electo en el último capítulo, fray Juan Gutiérrez, se encomendó que prosiguiese con la tarea al comisario anterior, Fr. Antonio Mozo, y que sustituyese sus poderes en el rector de Valladolid Ambrosio de San Agustín, y en defecto suyo en el P. Cristóbal de San José²²². La congregación intermedia de 31 de octubre de 1763 en su

²²⁰ *Ibid.*, ff. 73r-75v. Convento de Nuestra Señora de la Concepción de Malolos, 31.10.1763, Congregación Intermedia. La caja se custodiaría donde determinase el rector provincial.

²²¹ *Ibid.*, ff. 72v-73r. Convento de Nuestra Señora de la Concepción de Malolos, 8.08.1763. Definitorio privado. Remigio Hernández, rector provincial; Miguel Braña, definidor; Mariano Alafont, definidor.

²²² Las complicadas circunstancias de la obra en Valladolid junto con otros litigios en RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Isacio, "El Colegio de Agustinos de Valladolid, Historia de la construcción", en *Archivo Agustiniiano* 66 (1982) 364-372. PANIAGUA MIGUEL, Ricardo, "La alimentación y la vida cotidiana en el Real Colegio-Seminario de los Agustinos Filipinos de Valladolid en el siglo XVIII", en *Archivo Agustiniiano* 88 (2004) 141-142.

acta sexta decía que la persona que se hiciese cargo “cuidará también de el seminario como si fuera nombrado para ella por este deffinitorio”²²³.

Una de las lógicas preocupaciones del gobierno de la provincia fue el cuidado de las comunicaciones con las autoridades y la advertencia de extremar las preocupaciones. En concreto se prohibió que ningún religioso de las provincias de Tagalos y Pampanga fuese sin licencia al pueblo de Bacolor –sede habitual de la Corte de Anda– a tratar cualquier asunto con el gobernador u otras personas. Se hizo hincapié en que ningún fraile hable “...o escriba a otro sea Religioso, o secular sobre la presente situación de las tropas, sobre si obran o no expediciones y acciones militares por ser materia tan delicada y odiosa que solo puede producir sentimientos contra nuestro Santo hábito y orden”²²⁴.

La colaboración de los agustinos con Simón de Anda fue fluida, constante y productiva durante los meses de la guerra con el inglés. Los frailes con cargos de responsabilidad respondieron con rapidez y entusiasmo a las agónicas demandas de ayuda del alavés. Los libros de gobierno y las diferentes comunicaciones sólo advierten de una pequeña diferencia o motivo de fricción. Parece ser que Simón de Anda desconfió del corista agustino fray Alonso Ortiz, que acompañó al obispo de Nueva Cáceres, Manuel de Mato en su desplazamiento desde Santor. El gobernador expresó en carta al provincial que dicho fraile podría ocultar algún “mal fin” y que podría dar parte del lugar donde se encontraba la plata y que por ese motivo debía ser remitido a Bacolor. En defensa de su fraile, Remigio Hernández remitió las cartas originales de agradecimiento del obispo a Ortiz por su ayuda y por el “consuelo que ha tenido por haverle acompañado”, hasta afirmar que le gustaría llevárselo consigo para ordenarle sacerdote, así como las del párroco de Santor también en agradecimiento²²⁵.

²²³ APAF, *Libro de Gobierno* 9, f. 75v. Convento de Nuestra Señora de la Concepción de Malolos, 31.10.1763, Congregación Intermedia.

²²⁴ *Ibid.*, f. 75v. Convento de Nuestra Señora de la Concepción de Malolos, 31.10.1763, Congregación Intermedia. Séptima determinación. El capítulo de 29 de abril de 1762 ya había incluido una determinación sobre el control de las comunicaciones de los religiosos con obispos y alcaldes mayores, que con las excepciones para ex provinciales, lectores jubilados, definidores en ejercicio o antiguos, debían de tener el visado de los vicarios provinciales o priores de las cabeceras: *Ibid.*, f. 58r.

²²⁵ *Ibid.*, ff. 72v-73r. Convento de Nuestra Señora de la Concepción de Malolos, 8.08.1763. Remigio Hernández, rector provincial; Miguel Braña, definidor; Mariano Alafont, definidor.

Ortiz mientras tanto esperaba en el convento de Apalit para acompañar nuevamente al obispo. Parece que la cuestión no trascendió.

El principal punto de desencuentro con Simón de Anda ocurrió en el tramo final de la guerra. Parece que la contestación un tanto ambigua dada por el provincial agustino Remigio Hernández a una comunicación con carácter reservado que Anda había remitido en septiembre de 1763 a los diferentes superiores de las comunidades religiosas en torno a su continuidad en el mando, pudo estar en el origen de la hostilidad que el alavés tuvo hacia los agustinos cuando años más tarde regresó a Filipinas a ejercer el mando como gobernador (1770-1776)²²⁶. El alineamiento de los agustinos con la tesis del oidor Villacorta fue sin duda el origen de la disputa²²⁷.

²²⁶ Decía así el P. Hernández en su respuesta, escrita en Bulacán el 28 de septiembre de 1763: “Si mis Leyes no me prohibieran la decisión en tales materias, pudiera decir sobre estos puntos, teniendo presente las Leyes de Epiqueya con el difícil recurso al soberano, lo que alcanza a servir Vuesa Señoría, pero siendo tan superior la alta comprensión de la Real Audiencia, con lo que su alteza determinare y resolviere, me conformaré con su dictamen en servicio de ambas Magestades y de Vuesa Señoría...”. NAVARRO, *Documentos indispensables*, II, 446-450. Este mismo autor expresa su opinión sobre el enfrentamiento de Anda con los agustinos: “Pero el señor Anda una vez encumbrado sobre el pedestal de Gobernador y Capitán General de Filipinas, no fue el mismo que había sido durante la guerra ni para su íntimo Busto, ni para las Corporaciones religiosas, especialmente la agustiniana que fue la que más le ayudó con relación a estas, la negativa que algunos provinciales, singularmente el de Agustinos, le habían dado a las preguntas que les hizo en sus famosas cartas acerca de si una vez llegadas las paces debía recaer el Gobierno de las islas en el Arzobispo o en la Audiencia; o si era él el llamado a seguir gobernando ‘en virtud de la regla de la epiqueya o de la ley denominada de Postliminio’, la negativa del p. provincial de Agustinos P. Fr. Remigio Hernández a la pretensión del sr. Anda por hallarse en oposición con lo dispuesto por las leyes de Indias y Reales Cédulas [...] excitó la irascibilidad del Sr. Anda, que en esta segunda etapa se tradujeron todos sus actos referentes a los agustinos, en odios acompañados de saña irreconciliable”: *Ibid.*, I, 68-69.

²²⁷ “Todos estos servicios los perdieron los Padres Agustinos para con el señor Anda, porque a algunos de sus individuos en las disputas que se suscitaron sobre la sucesión del Gobierno, muerto el arzobispo, siguieron el partido del señor Villacorta, y consultado su provincial, respondió el Señor Anda, que este litigio debía sentenciarlo la Real Audiencia, y estarse a su decisión. Le disgustó tanto este modo de proceder de los Agustinos, que no sólo olvidó todos los servicios, que le habían hecho, sino que habiendo vuelto de Gobernador con el frívolo pretexto, de que no querían sugetarse a la Visita y Patronato embió soldados a la Pampangá; les confiscó todos sus bienes, y trajo presos a Manila todos los religiosos sustituyendo clérigos indios en su lugar”: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 685.

En marzo de 1764 llegó a Manila la fragata *Santa Rosa* con el nuevo gobernador de Filipinas Francisco Javier de la Torre. Para entonces y desde hacía medio año los ingleses apenas se limitaban a controlar Manila y Cavite, y luchaban por evitar el bloqueo total a que les tenía sometido Simón de Anda. La nave puso proa directamente a la Pampanga, sin tocar en Manila, para entregar los despachos a Simón de Anda en el convento agustiniano de Bacolor. Anda reconoció a la nueva autoridad y le entregó el bastón de Mando. Para entonces la guerra había terminado con el tratado de París, firmado el 10 de febrero de 1763, en el que ni siquiera se tenía conocimiento de la ocupación de Manila, pero sus primeras noticias no habían llegado a la Manila inglesa hasta el mes de julio por lo menos. Españoles e ingleses establecieron una ronda de negociaciones para proceder con la entrega de la ciudad. Finalmente el 31 de mayo Simón de Anda hizo la entrada en la capital de las islas y los ingleses escenificaron la entrega (el recién llegado gobernador se excusó de asistir al acto para no quitar el protagonismo a Anda)²²⁸.

Para los agustinos la guerra dejó un terrible balance de penuria, destrucción y muerte del que tardarían tiempo en recuperarse. El peor parado de los conventos fue sin duda el de San Agustín de Manila. Después de la rapiña de los días 5 a 6 de octubre, una vez que se sabía que los agustinos estaban colaborando con el señor Anda, las autoridades inglesas aprobaron disposiciones más drásticas: Por decretos de 3 de noviembre y 8 de diciembre de 1762 se ordenó su embargo. Santiago Orendaín, abogado y vecino de Manila, estuvo detrás de todas estas acciones²²⁹.

En el del 3 de noviembre se hallaron y expropiaron en la celda prioral cerca de noventa talegas de dinero de a 1.000 pesos, que formaban parte de las obras pías (una parte de los religiosos y otra de vecinos de la ciudad). Los frailes que quedaban fueron expulsados del convento y durante un tiempo se desplazaron al de los agustinos recoletos, pero allí tampoco estaban seguros, “porque los declaraban traidores y hacían muchas vejaciones”²³⁰. Los objetos embargados fueron comprados por diferentes mercaderes, que adquirieron desde tarimas a sepulturas, pasando por la sillería

²²⁸ FISH, *When Britain ruled the Philippines*, 175.

²²⁹ RODRÍGUEZ-ÁLVAREZ, *Al servicio del Evangelio*, 181.

²³⁰ MERINO, “*El convento agustiniano de San Pablo de Manila*”, 110.

del coro, cuadros, láminas de la sacristía, campanas de la torre, vigas y hasta las tejas del tejado²³¹.

En la acción del día 8 cargaron especialmente con libros²³², frontales, candeleros, hacheros, tabernáculos, atriles, misales, archivo, vigas, órganos, etc. El expolio fue contumaz y persistente²³³. Castro testigo del suceso, relata que los ingleses arramplaron con todo, durante “catorce días estuvieron más de cien hombres y no pudieron casi acabar de llevarlo todo”²³⁴. En coincidencia con este embargo se decretó la deportación de doce agustinos del convento, encabezados por su prior Calchetas²³⁵. El mismo autor concluye que este maltrato sólo se produjo con los agustinos, pues con el resto de las Religiones los principales saqueos sólo habían ocurrido durante el saqueo.

El saqueo de la procuración dejó desprovisto de fondos para muchas de las necesidades de párrocos y misioneros del archipiélago. Existen varios números aportados en relación a las cifras relativas a las pérdidas del convento de San Agustín de Manila. Al respecto se manejan, bien las cifras expuestas por los comisarios procuradores de la provincia, que tasan las pérdidas en 222.963 pesos fuertes, 3 reales y 10 granos, después de admitidos en cuenta 9.790 pesos que importaron los bienes devueltos posteriormente por los ingleses²³⁶. El P. Navarro, por su parte, reproduce un

²³¹ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 16. “Y en fin como era tanta su rabia contra nosotros, ya que no se podían comer las Casas que tiene el convento de Manila, las arrancaban las tablas y las quemaban”: APAF, leg. 234, f. 98r. A. M de Castro.

²³² Rescatamos el testimonio de Castro sobre la biblioteca: “Era una pieza grande, clara y hermosa; tenía veinte estantes de madera fina y exquisita, llamada narra, con muchas molduras matizadas de colores y un Doctor Augustiniano pintado en el remate de cada estante. Cada estante tenía ocho cajones o casillas, en cada cajón, de veinte a treinta libros con el rótulo hacia arriba; eran todos libros muy buenos, antiguos y modernos, de todas facultades y ciencias [...] tenía también dos mesas finas, grandes y hermosas sillas, escalas para subir a los últimos cajones, dos globos, dos esferas de Europa, varios mapas y otras curiosidades; lo cual todo estaba estimado en treinta mil pesos fuertes. No incluyo las librerías decentes que hay en las celdas particulares de algunos religiosos conventuales”: MERINO, “El convento agustiniano de San Pablo de Manila”, 91.

²³³ MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 683.

²³⁴ MERINO, “El convento agustiniano de San Pablo de Manila”, 113.

²³⁵ “Embarcados los padres entraron los ingleses en su convento, y lo saquearon de modo que no dejaron nada en él. Encontraron seis mil pesos de plata acuñada que habían escondido en jardín, y la plata labrada, que habían ocultado cuando se trató de pagar el millón, sin perdonar las reliquias de los santos que tiraron por el suelo, para llevarse los relicarios en que estaban metidos”: MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, *Historia de las islas Philipinas*, 642.

²³⁶ APAF, *Libro de Gobierno* 9, f. 83rv. Convento de Santiago de Quingua, 4.01.1764.

testimonio, con fecha 7 de junio de 1764 (“Testimonio de lo que perdió la provincia [de Agustinos] en invasión inglesa año de 1764”) en que se matizan las cantidades que ascendían a 416.752 pesos fuertes, 9 reales, y 10 granos (si descontamos los 9.790 restituidos quedan 406.962 pesos)²³⁷.

Como no podía ser de otro modo, la mejor descripción del estado de San Agustín a la hora de su devolución la aporta Agustín María de Castro. Fiel a su expresividad habitual, afirma que “dejaron tan mal parado el convento que cuando volvimos a recuperarlo, que fue en enero de 1764, o poco antes, no hallamos un banco o tabla en que asentarnos ni un clavo en que colgar el sombrero”²³⁸.

Otros conventos afectados fueron los de Bulacán y Pampanga, algunas de cuyas instalaciones habían quedado seriamente dañadas –sino destruidas– durante el conflicto; los de Guadalupe y Pasig, en la provincia de Tondo; y los de San Pablo de los Montes, Lipa y Tanauan (Batangas). También las haciendas sufrieron los efectos de la guerra, especialmente las de Mandaloya, Pasay, Maysapaan y Alanguilán²³⁹. Además la captura del *Santísima Trinidad* supuso para la provincia la pérdida de muchas talegas de obras pías que se remitían giradas a Acapulco, alhajas y ropas que se enviaban al colegio de Valladolid.

Con todo, evidentemente las peores pérdidas, como ocurre con todas las guerras lo fueron a nivel humano. En estas deben incluirse los deportados, que fueron en total doce. Siete tuvieron por destino Goa: Juan Gutiérrez, rector del colegio de Valladolid y Fr. Santiago Tobar, presidente del hospicio de México, ambos apresados en el *Santísima Trinidad*. Eusebio Polo, José Calderón, muerto en Goa en 1764, Manuel García de Santo Tomás, Tomás Belda y Nicolás Yaquer. Mientras que los cinco restantes terminaron en Londres: Alonso Guerrero, procurador, Santiago Lucio, Sebastián Martínez, (estos tres muertos en la capital inglesa), Francisco Javier Calchetas, prior de San Agustín y Fr. Antonio Blanco²⁴⁰.

²³⁷ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 211-215; véase también RODRÍGUEZ, *Historia de la Provincia*, III, 182-188. Castro en su primera valoración apuntó que las pérdidas de la iglesia y convento ascendían a 237.753 pesos: MERINO, “El convento agustiniano de San Pablo de Manila”, 112.

²³⁸ *Ibid.*, 113.

²³⁹ *Ibid.*, 114.

²⁴⁰ NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 16, 39. Como fecha de deportación se ha manejado la de 2 de marzo de 1763: MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, II, 55; APAF, leg. 234, f. 99v.

En el número de bajas a los cuatro que murieron como resultado de la deportación, deben añadirse los fallecidos en operaciones relacionadas con la guerra o como consecuencia directa de ella, de lo que resulta una suma de seis religiosos. Cuatro se han citado como bajas en las operaciones militares: Francisco Hierro en San Pablo de los Montes, Andrés Enríquez en Tanauan, Miguel Arias en Tayabas, y José de Andrés en Bulacán. Los otros dos fueron Tomás Sánchez Parada, prior de Taal, apresado por los ingleses y recluido en el hospital de San Juan de Dios donde falleció²⁴¹, y Eugenio de Moya que cayó bajo los disparos de un centinela inglés en Manila después de confundirle con un espía²⁴².

La guerra con el inglés comportó alteraciones y cambios en todos los niveles. Por de pronto, la soberanía española corrió el riesgo de desaparecer después de ciento noventa y siete años de dominio continuo. La participación de las comunidades regulares en la acción contra el invasor resultó determinante. Sin su concurso habría sido muy difícil movilizar la imprescindible participación de los filipinos en la resistencia, recurso obligatorio y fundamental, pues sin ella la escasa comunidad española muy poco o nada podría haber hecho. Los agustinos, junto con los franciscanos, se implicaron al más alto nivel. Su actuación en Pampanga y Bulacán, provincias próximas a Manila, aportó los primeros refuerzos para organizar el embrión de lo que andando los meses habría de ser un ejército. La colaboración de los frailes de la Orden fue constante y fluida con la autoridad militar durante prácticamente toda la guerra, a nivel humano y logístico. La espada y la cruz como fórmula constante en la historia de Filipinas parecía volver a funcionar una vez más. La provincia agustiniana actuó con el doble objetivo de mantener la soberanía española y la religión

²⁴¹ JORDE, *Catálogo*, 242.

²⁴² CASTRO AMUEDO, Agustín María, *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente 1565-1780*, ed. M. Merino, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1954, 88-89. Lo refiere también Victoria en su memoria: “Aún cometió el enemigo furioso otro mayor atentado: había un religioso demente que estaba en San Juan de Dios (ya ni convento había quedado a mi provincia); salióse del convento y tirose como paseando hacia la Fuerza; disparáronle un balazo los centinelas de que cayó muerto, y no obstante de haber hecho constar que era demente, le colgaron en la horca y le dieron sepultura después debajo de ella en oprobio y escarnio del hábito que vestía, por el odio que tenían a sus hermanos y en venganza del daño –decían– que les hacían con estos ejemplares”: NAVARRO, *Documentos indispensables*, I, 17.

católica. Las dos por igual, pues se entendía que la una no podría existir sin la otra en Filipinas. Para los agustinos –como para el resto de corporaciones– un hipotético triunfo inglés habría puesto en peligro su obra evangelizadora centenaria en el país. Para las autoridades cívico-militares la colaboración de los frailes, eslabón fundamental en el engranaje de intermediación con los filipinos, representaba una de las garantías más exitosamente testadas en el pasado en el mantenimiento de la soberanía. Por estas razones los religiosos de San Agustín entendieron que su obligación era implicarse al más alto nivel, y por las mismas razones los ingleses actuaron con enorme contundencia contra ellos. Años más tarde, pasado el tiempo de los litigios con Simón de Anda y Salazar y el arzobispo regalista Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina, el regio patronato buscó que las Órdenes religiosas conservasen la administración espiritual que tenían en los años sesenta. Esta pretensión, que se vehiculó a través de una serie de reales órdenes que en muchas ocasiones colisionaron con los derechos aducidos legítimamente por el clero secular, fue su obsesión hasta finales del siglo XIX. Detrás de ello estuvo el rol geopolítico que el patronato había depositado en los frailes, el que precisamente había asumido con éxito durante el tiempo de la invasión del inglés y el que se intentó que siempre desempeñasen.

Anexo I

Nombramientos del capítulo provincial de la provincia de Filipinas de 29 de abril de 1762²⁴³.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA	
Provincial	P. Predicador Fr. Pedro Sánchez Espineira
Provincial Absoluto	P. Fr. Pedro Velasco
Presidente de Capítulo	P. Lector Fr. Remigio Hernández
Definidores	P. Predicador Fr. Miguel Braña P. Predicador Fr. Sebastián Moreno P. Lector Fr. Mariano Alafont P. Predicador Fr. Gerónimo Noreña

²⁴³ APAF, *Libro de Gobierno* 9, ff. 54r-59r

Procurador general de la Provincia	P. Predicador Fr. Alonso Guerrero
Secretario de la Provincia	P. Definidor Fr. Bernardo Suárez

CONVENTO DE SAN PABLO DE MANILA	
Prior	P. Lector Fr. Francisco Javier Calchetas
Subprior	P. Predicador Fr. Pedro Pérez
Procurador	Hermano Fr. Manuel Revollo
Lector de Teología	P. Fr. José Franco
Sacristán	<i>ad libitum</i> del provincial

TONDO		voto en capítulo
Tondo	Prior, P. Definidor Fr. Miguel Braña	X
Guadalupe	Prior, P. Lector Jubilado Fr. Juan Facundo Messeguer	
Pasig	Prior, P. Lector jubilado Fr. Juan Bernaola	X
Parañaque	Prior, P. predicador Fr. Manuel de Santo Tomás de Villanova	X
Malate	<i>ad libitum</i> del provincial: Prior Definidor Fr. Gerónimo Noreña	X
Taguig	Vicario prior, P. ex definidor Fr. José Calderón	
Tambobong	Vicario prior, P. Provincial Absoluto Fr. Pedro Velasco	
Las Piñas	Ministro P. Fr. Gregorio Giner	
Caloocan	Ministro P. Fr. Antonio de San Próspero	

PAMPANGA		voto en capítulo
Lubao	Prior, P. Ex definidor Fr. Diego Noguero	X
Bacolor	Prior, P. Definidor Fr. Sebastián Moreno	X

Macabebe	Prior, P. Predicador Fr. Pedro Freire	X
Candaba	Prior, P. Lector Fr. Manuel Delgado	X
Guagua (Vava)	Prior, P. Lector Jubilado Fr. Manuel Carrillo	X
México	Vicario prior, P. Fr. José Sales	
Gapang	Vicario prior, P. Fr. Nicolás Ripoll	
Apalit	Vicario prior, P. Definidor Fr. Mariano Alafont	
Sexmoan	Vicario prior, P. Fr. Francisco Álvarez	
Betis	Vicario prior, P. Ex Visitador Fr. Antonio León	
Santa Rita y Porac	Vicario prior, P. Fr. Melchor Jamardo	
Magalang	Vicario prior, P. Fr. Vicente Pérez	
Tarlac	Vicario prior, P. Fr. Manuel Serradel	
Arayat	Vicario prior, P. Fr. Manuel Villalba	
Minalin	Vicario prior, P. Fr. Ex Definidor Fr. Lorenzo Barreda	
Santor y Bongabon	Vicario prior, P. Fr. Juan Antonio Altalaguerra	
San José	Vicario prior, P. Fr. Benito Herosa	
San Miguel de Mayumo	Vicario prior, P. Fr. Eugenio Garrido	
San Fernando	Vicario prior, P. Fr. Pedro Martínez	
Pinpin	Vicario prior, P. Fr. Agustín Pampliega	
Tayug y San Nicolás	Misionero P. Fr. Juan Artigue [Juan del Rosario]	

BULACÁN		voto en capítulo
Bulacán	Prior, P. Lector Fr. Remigio Hernández	X
Malolos	Prior, P. Predicador Fr. Martín Aguirre	X
Calumpit	Vicario prior, P. Lector Jubilado Fr. Pablo Campos	

Hagonoy	Vicario prior, P. Fr. José León	
Quingua	Vicario prior, P. Fr. Domingo Beovide	
Bigaa	Vicario prior, P. Fr. Bernardo de San Guillermo	
Angat	Vicario prior, P. Fr. Francisco Tejado	
Baliuag	Vicario prior, P. Fr. Vicente Castañeda	
Guiguinto	Vicario prior, P. Fr. Francisco Bencuchillo	
Paombong	Vicario prior, P. Fr. Alonso de Salazar	

ILOCOS		voto en capítulo
Batac	Prior, P. Predicador Fr. Pedro Vivar	X
Bantay	Prior, P. Lector Fr. Juan Bautista Arenos	X
Laoag	Prior, P. Predicador Fr. Vicente Calleja	X
Narvacan	Vicario prior, P. Fr. Andrés Enríquez	
Bangar	Vicario prior, P. Fr. Matías Echevarría	
Namacpacan	Vicario prior, P. Fr. Nicolás Tardes	
Bauan (sic)	Vicario prior, P. Fr. Francisco Romero	
Candon	Vicario prior, P. Fr. Francisco Maldonado	
Bacarra	Vicario prior, P. Fr. Manuel Parras	
Dingras	Vicario prior, P. Fr. Pedro de Muslares	
San Nicolás	Vicario prior, P. Ex Visitador Fr. Agustín Lurbes	
Paoay	Vicario prior, P. Fr. Manuel Moreno	
Santa Catalina	elección <i>ad libitum</i> del provincial: Vicario prior, P. Ex Visitador Fr. Joan Sánchez	
Cabugao	Vicario prior, P. Fr. Manuel Ortiz	
Magsingal	Vicario prior, P. Fr. Juan Olalla	
Banguí	Vicario prior, P. Fr. Pedro Cabsit	
Sarrat	Vicario prior, P. Fr. Juan Aguería	

Badoc	Vicario prior, P. Fr. Manuel Pinto	
Sinait	Vicario prior, P. Fr. Jacinto Jiménez	
Cabagoan	Vicario prior, P. Fr. Juan Oro	
Santiago	Misionero Fr. Agustín Navarro	
San Agustín de Bana	Misionero Fr. Manuel Álvarez	
Tagudin	Misionero P. Fr. Andrés Carro	

PANGASINAN		voto en capítulo
Agoo	Vicario prior, P. Fr. José Torres	
Bacnotan	Vicario prior, P. Fr. Tomás Torres	
Cabatuan	Vicario prior, P. Fr. Santiago Rodríguez	
Aringay	Vicario prior, P. Lector Fr. Manuel Muñoz	
Balanac	Vicario prior, P. Fr. Fernando Rey	

CEBÚ		voto en capítulo
Cebú (convento)	Prior, P. Definidor Fr. Jacinto Picó	X
San Nicolás	Vicario prior, P. Lector Fr. Alipio Avenia	
Argao	Vicario prior, P. Fr. Andrés Puertas	
Boljoon (Bolahon)	Vicario prior, P. Fr. Francisco Monesterio	
Opon	Vicario prior, P. Fr. Manuel Murguía	
Carcar y Toloyan	Vicario prior, P. Fr. José Gorrozarri	
Talamban	Ministro P. Fr. Francisco Espina	

PANAY		voto en capítulo
Panay	Prior P. predicador Fr. Francisco Valenzuela	X
Dumarao	Vicario prior, P. Fr. Pedro Resano	

Capiz	Vicario prior, P. Fr. Tadeo de la Consolación	
Dumalag	Vicario prior, P. Fr. Andrés de Eizaga	

ILOILO		voto en capítulo
Oton	Prior, P. predicador Fr. Luis Torreblanca	X
Jaro (Xaro)	Prior, P. Fr. Bartolomé Pillado	X
Dumangas	Vicario prior, P. Fr. Manuel Rodríguez	
Passi	Vicario prior, P. Lector Fr. Narciso Mañoso	
Laglag	Vicario prior, P. Fr. Vicente del Campo	
Antique	Vicario prior, P. Fr. Tomás Ruiz	
Tigbauan	Vicario prior, P. Fr. Francisco Jiménez	
Guimbal	Vicario prior, P. Fr. Joan Campos	
Igaras	Vicario prior, P. Fr. Juan Aguado	
Miagao	Vicario prior, P. Fr. Nicolás Gamarra	
Anilao	Vicario prior, P. Fr. Juan Ferrer	
Camando	Vicario prior, P. Fr. Francisco Cuesta	
Pototan	Vicario prior, P. Fr. Enrique del Castillo	
Lambunao y Calinog	Vicario prior, P. Fr. José de Santa Cruz	
Bugason	Vicario prior, P. Fr. Antonio Pardo	
Sibalom	Vicario prior, P. Fr. José Amorós	
Alimodian	Vicario prior, P. Fr. Andrés Solar	
Maasin	Vicario prior, P. Fr. Antonio López	
Matagub	Vicario prior, P. Fr. Ignacio Clapera	
Santa Bárbara	Ministro P. Fr. Felipe Ruiz	

BALAYAN		voto en capítulo
Taal	Prior, P. Predicador Fr. Tomás Parada	X
San Pablo de los Montes	Vicario prior, P. Fr. Francisco Hierro	
Bauan	Vicario prior, P. Ex Definidor Fr. José Victoria	
Batangas	Vicario prior, P. Fr. Manuel Baceta	
Lipa	Vicario prior, P. Fr. José Montero	
Tiaong	Vicario prior, P. Fr. Lucas Prieto	

MÉXICO		voto en capítulo
Hospicio de Santo Tomás de Villanueva de México	Presidente P. Lector Fr. Juan Otero compañero: P. Fr. Santiago Tovar	

ESPAÑA		voto en capítulo
Hospicio de Santo Tomás de Villanueva de México	Rector P. Predicador Fr. Juan Gutiérrez	
Comisario procurador de las dos curias de Madrid y Roma	Primero lugar: P. Ex Definidor Fr. Antón Mozo Segundo Lugar: P. Predicador Fr. Juan Gutiérrez	

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Archivos:

Archivo de la Provincia de Agustinos de Filipinas (APAF), legajos 36; 234; 346/5; 346/8; *Libro de Gobierno 9*.

Bibliografía e historia general:

- AGUILAR ESCOBAR, Antonio, *La defensa de un enclave español en el Pacífico. El Ejército de dotación en Filipinas en los siglos XVII y XVIII*, Círculo Rojo Editorial, s.l. 2017.
- APARICIO LÓPEZ, Teófilo, *Misioneros y colonizadores en Filipinas*, Imprenta Agustiniana, Valladolid 1965.
- AYERBE, marques de (Pedro Jordán de Urries), *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*, Imprenta de Ramón Miedes, Zaragoza 1897.
- BLAIR, Emma Helen-ROBERTSON James Alexander, *The Philippine Islands 1493-1898*, Cleveland-Ohio 1903-1909.
- BLANCO ANDRÉS, Roberto, *Eduardo Navarro, un agustino vallisoletano para la crisis de Filipinas*, Estudio Agustiniano, Valladolid 2005.
- “El ‘Padre Capitán’ Julián Bermejo y la defensa contra la piratería mora en Cebú”, en *Archivo Agustiniano* 101 (2017).
- CASTRO AMUEDO, Agustín María, *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente 1565-1780*, ed. M.Merino, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1954.
- CRUIKSHANK, Bruce, “The british Occupation of Manila”, 10, (*Academia Edu*, 17.05.2015).
- España y América* 4/I (1906) 45-50, 122-129, 202-207, 294-301, 360-367, 454-458, 542-549; 4/II (1906) 45-50, 134-141, 205-211, 285-294, 374-381, 436-443, 531-538; 4/III (1906) 42-47, 123-131, 194-200, 274-282, 361-366, 457-463.
- FERNÁNDEZ, Pablo, *Dominicos donde nace el sol. (Historia de la provincia del Smo Rosario de la sagrada orden de predicadores)*, Barcelona 1958, 281-184.
- FISH, Shirley, *When Britain ruled the Philippines, 1762-1764. The Story of the 18th Century British Invasion of the Philippines during the Seven Years War*, Bloomington (Indiana) 2003.
- FLANNERY, Kristie Patricia, “The Seven Years’ War and the Globalization of Anglo-Iberian Imperial Entanglement: The View from Manila”, en *Entangled Histories of the Early Modern Iberian and British Empires*, ed. J. Cañizares-Esguerra (University of Pennsylvania Press), Philadelphia.

GONZÁLEZ CUELLAS, Tomás, *Misioneros agustinos defensores de las islas Filipinas*, Editorial Estudio Agustiniiano, Valladolid 1991.

- *P. Agustín María de Castro, misionero inquieto, investigador, historiador y viajero*, Ed. Estudio Agustiniiano, Valladolid 2001.

JOAQUIN, Nick, *The Bookmark, Inc*, Makaty City 1999.

- *Culture and History*, Anv Pub. C., Pasig City 2003.

JORDE PÉREZ, Elviro, *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas*, Establecimiento tipográfico del Colegio de Santo Tomás, Manila, 1901.

MALO DE LUQUE, Eduardo (pseudónimo de duque de Almodóvar), *Historia política de los establecimientos coloniales ultramarinos de las naciones europeas*, V, Madrid 1790.

MARTÍNEZ NOVAL, Bernardo, *Apuntes históricos de la Provincia Agustiniiana del Smo Nombre de Jesús de Filipinas: Filipinas*, Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Madrid 1909.

- *Apuntes históricos de la Provincia Agustiniiana del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas: España*, Imprenta de Gabriel López del Horno, Madrid 1913.

MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, Joaquín, *Historia de las islas Philipinas*, Sampaloc 1803,

- *Estadismo de las islas Filipinas o mis viajes por este país*, I, ed. W.E. Retana, Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos, Madrid 1893.

MERINO PÉREZ, Manuel, “Páginas misioneras de antaño”, en *Missionalia Hispánica* 9 (1952).

“El convento agustiniano de San Pablo de Manila”, en *Missionalia Hispánica* 8 (1961).

MOLINA, Antonio M., *Historia de Filipinas*, I, Ediciones de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid 1984.

MONTERO Y VIDAL, José, *Historia general de Filipinas desde el descubrimiento de dichas islas hasta nuestros días*, II, Est. Tip. de la viuda e hijos de Tello, Madrid 1894.

NAVARRO ORDÓÑEZ, Eduardo, *Documentos indispensables para la verdadera historia de Filipinas*, Imprenta el Asilo de Huérfanos, Madrid 1908; 2 vols.

- PALANCO AGUADO, Fernando, “Diego Silang’s Revolt: A new approach”, en *Philippine Studies* 50 (2002).
- PANIAGUA MIGUEL, Ricardo, “La alimentación y la vida cotidiana en el Real Colegio-Seminario de los Agustinos Filipinos de Valladolid en el siglo XVIII”, en *Archivo Agustiniiano* 88 (2004).
- PÉREZ, Lorenzo, *Labor patriótica de los franciscanos en el Extremo Oriente*, Madrid 1929.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Isacio, *Historia de la Provincia agustiniana del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas*, III, Manila 1967; IX, Valladolid 1974.
- “El Colegio de Agustinos de Valladolid, Historia de la construcción”, en *Archivo Agustiniiano* 66 (1982).
 - “La expulsión de los agustinos de la provincia de la Pampanga, 1771”, en *Archivo Agustiniiano* 73 (1989).
 - ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, Jesús, *Al servicio del Evangelio. Provincia Agustiniiana del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas*, Editorial Estudio Agustiniiano Valladolid 1996.
- RUIZ, Licinio. *Sinopsis histórica de la provincia de San Nicolás de Tolentino de las islas Filipinas de la Orden de Agustinos Recoletos*, I, Tip. Pont. de la Universidad de Santo Tomás, Manila 1925.
- THOMAS, Megan C., “Securing trade: the military labor of the British Occupation of Manila, 1762-1764”, en *Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis* 2019.
- TRACY, Nicholas, *Manila Ransomed. The British assault on Manila in the Seven Years War*, University of Exeter Press, Devon 1995.
- VIVAR, Pedro de, “Relación de los alzamientos de la ciudad de Vigan, Cabecera de la provincia de Ilocos, en los años de 1762 y 1763. Año de 1764”, en MEDINA, Juan de, *Historia de los sucesos de la Orden N. Gran P. San Agustín de estas islas Filipinas, desde que se descubrieron y poblaron por los españoles con noticias memorables*, (1630), Tipografía de Chofré y Comp, Manila 1893.
- WARREN, James Francis, *The Sulu Zone 1768-1898. The dynamics of External Trade, Slavery, and Ethnicity in the Transformation of a Southeast Asian Maritime State*, New Day Publishers, Quezon City 1985.

ZAIDE, Gregorio F., *Philippine Political and Cultural History, (The Philippines since the British invasión)*, II, Philippine Education Company, Manila 1957.